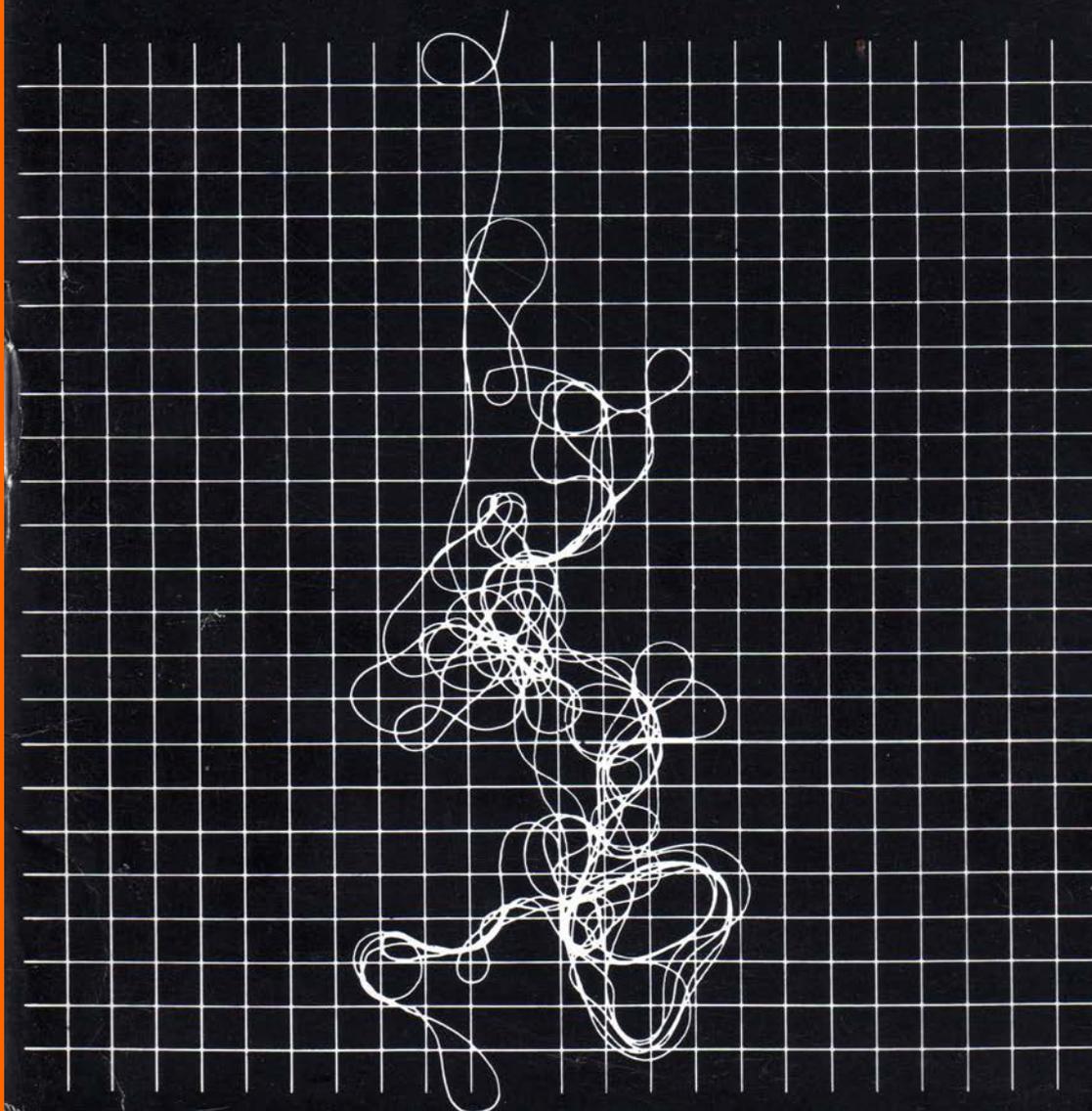


Contracultura Y Antipsiquiatría



«CONTRACULTURA Y ANTIPSIQUIATRIA»

José Luis de la Mata Impuesto

INTRODUCCION

0.0.

Febrero 1973-1974. Un año y apenas unas variaciones que, en todo caso, son insuficientes para construir la obertura. ¿Por dónde comenzar la Introducción?

Veréis, es como el malestar que produce comenzar a escribir esa carta que ya hace mucho tiempo deberíamos haber mandado: no se sabe por dónde empezar y aún cómo justificar su existencia ahora y no antes. ¿Repensar las cosas que nos han ocurrido? Ante esto, uno es consciente de una cierta deformación profesional: quisiera que bastase la expresión misma, como decir «Mira, esto es lo que ahora estoy haciendo», para que bastase a dar información no sólo de la índole de nuestras preocupaciones actuales, sino también de su nivel de entrega y compromiso. Y, en todo caso, sin retóricas superfluas, quiero decir sin otro discurso interior que el que se desprende de una praxis cotidiana, empeñada y responsable.

Sin embargo, parece que la obertura sea imprescindible y no sólo en el sentido de la exposición de los temas que han de desarrollarse a lo largo de la obra, sino, más concretamente, a nivel de las justificaciones, precisamente, de «compromiso». Pero, sin que sea necesario repensar por lo menudo los acontecimientos que constituyen este año pasado, yo diría que hay dos constantes típicas que determinan la producción histórica de este tiempo transcurrido: violencia, agresividad y asalto a la razón, de una parte; de otra, resistencia terrorista, irracional o ahistórica, sin duda, en su mayor parte y lucha creadora en menor proporción, aunque no por ello menos determinante. Indico así un sistema imperialista de estructura social, en el que confluyen, por vías diferentes, aunque convergentes en su misma negación del futuro histórico, dos bloques, enfrentados ficticiamente por razón de origen, realmente por problemas exclusivos de hegemonía mundial. Concibo a este sistema ahistórico en su misma irracionalidad y productor necesario de alienación y violencia. Frente a él, dos opciones irreducibles: la violencia misma que engendra reactivamente, pero a la que hay que considerar como negatividad no dialéctica, violencia destructora que no da opción, porque, en su fondo, no es tanto negación de lo existente como la angustia desesperada de la marginación. De otro lado, tendremos un intento de negación revolucionaria y, por tanto, en el fundamento de su misma esencia, un intento cuyo propósito es histórico y creador, negatividad que es, en su mismo planteamiento, proposición de realidad y valores, esto es, positividad. Recuperar el sentido de la Historia es devolver la Razón a la humanidad o, lo que es lo

mismo, hacer de los hombres en su unidad el concepto real concreto y actuante que hace posible, para cada individuo, la responsabilidad del autoproyecto de dignidad y justicia actuada. El hombre creador de necesidades humanas.

Marginación, rebeldía o revolución. Pienso que no es correcto plantear de manera tan simplista el problema: ¿cuáles son las causas objetivas de la marginación? Y en esa misma línea, ¿quién es un marginado? Por supuesto, se puede trazar una tipología que comprenda desde el delincuente común al político, desde la prostituta al enfermo, desde el vagabundo, «hippie», contestatario, etc., al desempleado, desde el miembro de una minoría intransigente al «desadaptado» ya clínico. Nos preguntamos cuál es el factor común presente en tan distintos caracteres y actuante en tan complejas y diversas situaciones. En todo caso, hay una distinción que cualifica la marginalidad y sitúa a ésta, como quería Basaglia, o bajo la violencia represiva de *un sector del sistema*, en cualquiera de sus instituciones, con lo que el marginado entra en la categoría (patológica o no) de desviado social, o, por el contrario, la marginalidad es consecuencia de una «opción contradictoria total», con lo que la ilegalidad no se resuelve sectorialmente y la violencia sufrida es ejercida no por una institución en particular. La situación del marginado entraña actitudes que traspasan la línea ideal de la rebeldía «tolerada y tolerable», para prolongarse más que en los circuitos de un ambiguo underground, en los específicos de la clandestinidad. La acción, entonces, pasa desde la crítica sectorial (por correspondencia al primer nivel de la violencia producida sectorialmente por instituciones) ideológicas e individual, al movimiento disciplinado, organizado y colectivo de la alternativa política.

La marginalidad, pues, no tiene exclusivamente por patrón de medida el grado de desviación de la conducta, pues, en ese caso, sólo se trataría o de desintegración de la personalidad por causalidad patológica o de casos atípicos temperamentales que, de todas formas, podrían ser reducidos, en última instancia, a variaciones más o menos extremas, pero dentro de la norma. Por ello, no tanto se postula como se impone una batería de factores reales, objetivos y sociales que imponen y obligan la marginación. Si la ciencia ha podido demostrar de una manera indubitable que las tendencias «reales e ineludibles» del capital lo llevan a la acumulación monopolista, es también la ciencia la que ha mostrado que el monopolio capitalista, el imperialismo, segrega (y no puede menos de segregar) empobrecimiento vital y psíquico, obliteraciones que impiden el desarrollo armónico de la personalidad, bloqueo de los canales selectores y configuradores de la comunicación, desajustes de los estratos integradores de la experiencia, etc., etc. Freud diría que éste es el precio que hay que pagar por la civilización, por «toda» civilización. Pero se trata de una afirmación que es necesario validar o invalidar y, por supuesto, Freud no lo hizo, al menos con recursos cognoscitivos.

0.I.

Ahí tendremos nosotros una cierta tarea que llevar a cabo, puesto que «Contracultura y Antipsiquiatría», si no una opción (sería contradictoria en la ocasión y el lugar), sí pretende ser un análisis sistemático y crítico

- a. de una realidad social,
- b. de una juventud en las tendencias sociales e ideológicas de su peculiaridad situacional,
- c. de los modos institucionales en que es ejercida la violencia para corregir las desviaciones conductuales respecto de la conducta standard socialmente

aprobada.

Pero, como hemos venido haciendo desde el tiempo en que nos conocimos, habría o, mejor dicho, hay que comenzar por una caracterización. De nuevo, ¿qué ha pasado en ese año?, ¿por qué volver sobre lo que parece una noción trillada, es decir, por qué insistir con «contracultura», si parece que este término, aparte el desgaste a que ha podido someterlo su adecuación a lo digerible por los mas media, mienta la referencia a procesos «psíquicos», en tanto que de lo que parece se trata es de algo tan poco etéreo, tan poco... evanescente como es la violencia, la pobreza que un sistema social segrega?

No quisiera que esto sonara a disculpa o algo parecido: he aquí que son éstos los últimos folios que espero dedicar a un tema tan concreto como es el de la contracultura. Tanto en el compromiso de mi actividad profesional, pública y privada, como en el desarrollo de mi progresión intelectual y personal, hay ahora mismo una serie de problemas que me afectan y que orientan toda la actividad de que soy capaz. Había, sin embargo, no sólo la petición de unos amigos, sino también la posibilidad de colaborar ya con unos compañeros a los que estimo y respeto. Y acaso fuera éste el problema que, en estos momentos, mejor consienta una colaboración pública y viva de nosotros tres. Por supuesto, a niveles de encuentro profesional y con una óptica muy coyuntural, no sólo porque Burgaleta trabaja ahora y está pronto a dar su «Actitudes sociopolíticas de la juventud española» o porque Caparrós haya dado hace unos meses, y con verdadero impacto, su edición «Laing y la contracultura», sino porque además pienso con toda sinceridad que uno y otro, pero, además, juntos, representan siempre una buena ocasión para asistir a la experiencia de un ejercicio de honradez intelectual.

Vayamos, pues, ahora al problema de la «contracultura». De esa escala de que hablaba hace un instante, ¿qué lugar asignaríamos a los individuos que integran ese movimiento? La dificultad comienza, ya lo veis, cuando se trata de obtener un común denominador que sirva para agrupar a una serie digamos de marginados o de rebeldes o de desadaptados. Ya se ve que esa caracterización («marginados», «rebeldes», «desadaptados») no es simple y, muy posiblemente ni siquiera reducible. Un «loco», un psicópata, un carterista, una zorra son desadaptados. ¿Serán, por lo mismo, «contestatarios» los chicos que gustan de un tipo determinado de música, los que huyen de sus casas, los que figuran en sus cartas de identidad como «universitarios», no obstante que vivan de la mendicidad? ¿Los que ridiculizan un ritual hasta ellos intocable? La definición aceptada de «desadaptación» no dice nada: serían los que sufren «desórdenes» de personalidad. Pero, ¿qué es eso? Si la personalidad se refleja en la totalidad de nuestra actividad, si es la historia que hora a hora, día a día hacemos, personalidad es entonces la conjunción o la totalización integrada de nuestros comportamientos típicos. Pero estos comportamientos en cuanto no se realizan en el vacío, pues necesariamente se dan en un espacio y no en un espacio cualquiera, sino precisamente social, esto es, normado y normante, espacio que a dimensión individual supone contracciones determinadas y determinadas posibilidades y efectividades, constituyendo la «situación», tenemos que comportamiento desadaptado será el que no se adecue a la situación, al espacio social que nos corresponde y en el que se refleja, de modo efectivo, por posibilidades y restricciones, por prohibiciones y permisiones, la totalidad social a que pertenecemos. Desadaptado, repito, es el que no adecua su sistema de comportamientos a las leyes de la totalidad organizada que se decantan en el sector que a él le corresponde actuar.

¿Y los supuestos? ¿Habéis preguntado por los supuestos? Precisamente por una

pregunta de este tipo comienza esa práctica concreta, militante y arriesgada, que es la antipsiquiatría y define a la contracultura. El supuesto sería la naturaleza misma de un sistema social, sería lo constitutivo de estructura social y de personalidad e, incluso, la misma concepción de realidad. El sujeto, aún el «desadaptado», es un sistema actuante que se da en otro sistema de realidad para producir realidad. Y el desajuste puede ser o el del individuo a la situación, mejor dicho, a «su» situación o el de la situación respecto al individuo o individuos actuantes. Yo quiero que os grabéis esto con claridad: la situación, la realidad son prácticas, relaciones, fuerzas, valores, normas, rituales. Todo ello en permanente interacción. Funciones, necesidades, bienes de satisfacción inmediatos o mediatos, modos de satisfacción, edades de necesidad o satisfacción. Preguntadle a un antropólogo: os dirá que hay necesidades en las sociedades primitivas que no existen para el individuo particular (literalmente, no existen») hasta tanto la comunidad no las sanciona: el necesitante es iniciado, adquiere en nuevas dimensiones su consciencia de socialización y cuando, finalmente, accede a la existencia en su nueva necesidad, es la sociedad la que provee el ámbito «legalizado» de su ejercicio. La necesidad, pues, en su trascendencia afecta un núcleo de socialización. Según esto, ¿qué sentido tendrá aquí la desadaptación?

No se trata de retórica: el supuesto es la adecuación de la situación a un proyecto humano (y no hablo ni de humanismo en su sentido clásico ni me refugio en la utopía). Marcuse, como recordáis, hablaba del «final de la utopía» en el sentido de que la situación era objetivamente apta para que el individuo realizara el proyecto histórico de necesidades que el progreso de la Historia impone. Con lo que, el fracaso de esta realización de la utopía, no puede ser otra cosa que «desaparición» de la situación respecto a los individuos. Pero vamos a concretar más: puede suceder que, dado un estado de desarrollo de la ciencia, de las técnicas, de los órganos de producción, sea posible que un hombre, el hombre del siglo XX, se realice. No tendría sentido, en el estado de desarrollo de las fuerzas de producción, cuando la naturaleza y su hostilidad han sido dominadas en un grado nunca soñado hasta ahora por la humanidad, cuando gran parte de las enfermedades han sido dominadas, cuando dominamos incluso la producción de climas artificiales, cuando la extensión de conocimientos pueden llegar «objetivamente» a cubrir toda la tierra, cuándo nuestra facultad de transformación llega a penetrar la estructura molecular de la materia, cuando todo esto es posible y mucho más, la irracionalidad «antropológica» sería pretender el tipo «hombre de Neanderthal». Pero la irracionalidad se convierte en crimen si advertís que tal tipo «impuesto» habría de serlo a partir de lo que los científicos llaman eufemísticamente «programa de planificación cultural» (programas por otra parte, muy reales, como se desprende de la relación de las misiones de tecnología en las selvas latinoamericanas).

Es cierto que el ejemplo es desmedido, puesto que si se puede hablar de reificación personal ésta nunca alcanza los extremos de esta involución cultural. Pero la reificación es, a distintas cotas de historia, la misma monstruosidad. Y así, ¿qué criterio válido puede servirnos para precisar el problema y la naturaleza de la desadaptación? Se habla de ella cuando el individuo rompe una continuidad temporal y no puede soportar más tiempo los ritmos de su actividad productiva, cuando no puede seguir trabajando más tiempo en aquello que ha servido toda su vida, cuando quebranta las convenciones de la vida en común, cuando se muestra incapaz de comunicación, cuando su lenguaje, sus costumbres, su modo de configurar y concebir la «realidad» dejan de ser las que, hasta un momento dado, fueron. Pero también hay desadaptación en formas muy diversas a ésta: cuando el individuo se aferra a patrones de comportamiento que fueron adecuados, pero que, al cambiar la situación, ya no lo son; también lo es el individuo que afronta

situaciones superadas con tipos de actividad que no dan ni pueden dar juego, el hombre que no puede cumplir una tarea, etc., etc. Vemos, por tanto, que la definición siempre se instala en dimensiones de instrumentalidad pragmática. Sin embargo, yo diría que el desorden de personalidad es algo mucho más complejo, porque alude a la dimensión total de conducta.

En efecto, habitualmente «comportamiento» y «conducta» parecen ser conceptos sinónimos; por el contrario, pienso que «conducta» tiene una referencia de mayor totalidad y que si «comportamiento» es apto para describir un tipo de disfunción pragmática, «conducta» ha de ser empleado sólo en las ocasiones en que su uso pueda ser recubierto indistintamente por «personalidad». En cuyo caso, «desadaptación» se refiere a dos tipos de marginación: el «loco» y el revolucionario serían los desadaptados por «disturbios de conducta», en tanto que el enfermo funcional, el accidentado, el parado... No, parece que la argumentación no es correcta. ¿O lo es? Pero, si es así, ¿qué tipo de disfunción le cabe al parado, al delincuente...?

0.II.

La argumentación se detiene cuando jugamos indistintamente desde dimensiones de subjetividad individual y aislada y de actores de acción social. El comportamiento se define por respecto a algo, a modificaciones de algo, a funciones de algo, a producciones de algo. Y la conducta se refiere a la integración de esos comportamientos, a la asunción o no asunción de un yo histórico que ha de realizarse y se realiza sobre algo a partir de algo, con algo y en relación a otros (yos interactuantes) o no se realiza en absoluto. El desadaptado consecuentemente lo es o porque los comportamientos son inadecuados al algo o porque carecen de algo y el disturbo de conducta o personalidad se inscribe o en la inadecuación de la red de comportamientos a la situación o en la fractura precisamente de esa red de comportamientos o en la inadecuación de situación a conducta perseguida.

La marginación tendría estas causas, pero ello indicaría que, fuera del disturbo estrictamente funcional, la marginación sería producida o como fractura del yo (de la personalidad) o como inadecuación de la estructura social respecto a las personalidades por ella misma producidas. Y es aquí donde entra el marginado que denominamos «psicópata» o el representante de la tendencia contracultural que es el «contestatario» o el revolucionario.

La estructura social se define así como secretora de irracionalidad, violencia y alteración. Cabe preguntarse, por lo mismo, y con toda la legitimidad, a qué se opone el «loco», el contestatario y el revolucionario. Pero, también, en qué consiste la originalidad de los comportamientos y conductas de estos tipos que consideramos. Por definición, no cabe duda alguna de que los tres contrastan negativamente un modelo «cultural» de personalidad socialmente actuante y, por lo mismo, sancionado o permisible. Lo que quiere decir que a lo que se oponen es o a un rol determinado, a una situación social determinada y a una personalidad, mejor, a un modelo de personalidad positivamente legal en los términos de la estructura social.

Unos ejemplos: el oportunista vendría caracterizado no por su oposición al sistema sino por su determinación a escalar hasta los estratos más elevados. Se discute no la estratificación, sino el lugar individualmente ocupado. Otra cosa es la discusión sobre el sentido total de la escala social misma. Si un individuo es adscrito a un rol determinado y se le condiciona hasta el punto de que toda su aptitud productiva se decanta hacia esa

función, un bloqueo objetivo (la eliminación del puesto productivo que hace necesario ese rol) es, a la vez, el bloqueo efectivo de la capacidad productora de ese individuo. Imaginad, entonces, el problema del individuo que, por las razones que sean, pierde la posibilidad de ejercer su capacidad productiva. Tendremos al individuo en su referencia ya concreta e ineludible hacia la institución. Por supuesto, el individuo «en» la situación, siempre que se trate del individuo cuyo único capital sea, precisamente, su capacidad productiva. Vengamos al otro caso en el que lo que es objeto de oposición es la forma total de organización social de la realidad, lo que se combate es la personalidad «funcionalizada» al servicio de una productividad generadora de plusvalía no distribuible de acuerdo a las necesidades social-personales de los miembros todos de la sociedad. Esto es, lo que se combate es ahora la tasa del excedente que provoca la explotación, que causa la miseria y que pragmatiza al individuo hasta reducirlo a un servomecanismo justificable sólo en tanto se produzca como organismo productor de plusvalía. El derecho o la exigencia a la racionalidad será aquí y simultáneamente derecho «a los derechos» de personalidad como sujeto que recibe, por su misma contribución productiva, el sentido y la justificación (las necesidades y los bienes que las satisfacen) del momento histórico que se vive. Esto representa la corrección a Freud: como coproductor de valor, el individuo tiene derecho, supuesto *un* grado de desarrollo *histórico* de las fuerzas de producción, a ejercer una personalidad que se proponga como la actuación totalizante de aquellas necesidades históricas, culturalmente actuales y pertinentes, eficaces en el desarrollo humano y social de la propia sociedad. Lo que, asimismo, plantea el problema de la educación (desarrollo de aptitudes o de particularización. Ver Bernfeld) y el sentido total de la productividad teórica y práctica.

0.III.

Soy consciente de la dificultad conceptual que entrañan algunos de los párrafos anteriores, pero ni es propósito deliberado de oscurecer lo obvio (en todo caso, tendría que hablarse de los mínimos de clave que exige la situación) ni es el típico y consciente oportunismo de ambigüedad a que se juega con tanta frecuencia en estos tiempos. Se trata de generalizar unos problemas típicos de culturas específicas y de generalizarlos por respecto a la influencia que esas culturas (en su doble aspecto, subjetivo y objetivo) ejercen sobre sectores influidos, aunque no idénticos. Por supuesto, tratándose del imperialismo hay constantes de influencia en todos los lugares del sistema; pero, y también por supuesto, los factores de influencia actúan sobre situaciones que no son las mismas. Nuestra realidad concreta ni presenta las características sociopolíticas definidas que dieron origen al movimiento «contracultura» ni el resto de las formas de marginación, vigentes, por ejemplo, en EE.UU., Inglaterra, Francia o Alemania, tienen entre nosotros una referencia tan concreta como la que puede darse a niveles, por ejemplo, de relación entre ciudad y campo, de emigración, radicación familiar, problemas de desajuste entre la realidad cotidiana y las informaciones desde marcos de incipiente consumismo o de importación costumbrista e ideológica.

Basaglia decía a este respecto, que se produce un fenómeno de desajuste entre el lenguaje intelectual y la práctica real, ya que las referencias cambian de tal modo que el lenguaje, cuando no se reduce a una jerga sólo inteligible a unos pocos iniciados (la élite intelectualista de turno), se convierte en un absurdo ejercicio sobre fantasmas. En ese sentido, tanto «contracultura» como «antipsiquiatría» se convierten en términos no válidos en absoluto para la experiencia de nuestra realidad nacional: si hablamos de música o de droga o de violentados «institucionalmente» (por tomar unos cuantos términos característicos), no cabe la menor duda de que hablamos de elementos ya

transformados en su misma importación. Al no tener una presión actual idéntica, y por más que los objetivos finales puedan coincidir, está claro que ni música puede ser opresión concreta, ni droga se refiere a otra realidad que la que entre nosotros se tipifica bajo la categoría de delito común, ni violencia represiva hospitalaria va más allá de estrictas categorizaciones de subfuncionalidad o afuncionalidad respecto a un individuo concreto.

¿Quiero decir con esto que se trata de un reflejo meramente ideológico? No, ya que la marginalidad existe, como existe un efectivo movimiento estudiantil de oposición, como existen multitud de casos concretos de desajuste entre yos y situación. Cambian los factores detonantes, nada más. Nuestra realidad puede ser tan patógena como la que más, pero el conflicto necesariamente reviste formas que son las que la organización política, industrial, social e ideológica consiente. Por ejemplo, el desarrollo de los grupos o bandas juveniles con sus tendencias o admisibles o delictivas (nivel de integración y posición, nivel de escolarización, etc., etc. Una escolaridad obligatoria hasta los 16 años ya se ve que tiene que dar una «acción social» diferente a la que se engendra cuando el muchacho debe comenzar a trabajar a los 12 ó 14 años. Más todavía, si a edades absolutas comparamos campo y ciudad, si, además, añadimos recursos propios económicos, ambientes de aculturización infantil...). Dígase lo mismo con respecto a problemas como los de frigidez o impotencia sexual, la impregnación pornográfica por comparación a una impregnación erótica, etc.

En cuanto que al desarrollo productivo no siguen los desarrollos democráticos liberales y, en definitiva, los modelos de adecuación cultural, cambian las categorías, porque cambian los comportamientos específicos. El carácter represivo-punitivo no varía en lo fundamental, pero varía en su pedagogía, en su extensión de aplicabilidad. Y siendo un hecho la importación ideológica (medios de información en general y con una sobredeterminación contradictoria, ya que manteniendo vectores esenciales de movimiento -legitimación del poder, participación ciudadana, ejercicio de la crítica, etc.- introducen otros elementos que claramente contradicen el sentido de los puntos de referencia básicos: hoy una publicación diaria puede pretenderse y proponerse como lo más ultra del trogloditismo, no obstante lo cual no puede prescindir ni de publicidad -con todas las connotaciones decadentes que ésta quiera imponer- ni siquiera de un tipo de material general, como puede ser la crónica mundana o «chismosa», la fotografía de la starlet más o menos vestida), así como la impregnación por contacto (el turismo, que puede «degradar» las costumbres, pero que es imprescindible a efectos de economía nacional), la realidad no puede dar al análisis científico sino situaciones específicas, cuyo tratamiento da éstas y sólo estas categorías.

Se trata, pues, de niveles socioeconómicos distintos, de sectores que poseen una tendencia evolutiva en distintos grados de desarrollo y, por lo mismo, con problemáticas que en la particularidad divergen. De aquí que, frente a la impostación ideológica, haya de darse un esfuerzo de índole contraria, tendente a esclarecer en qué lugar de la supuesta escala que el investigador construye se encuentra un fenómeno nacional de conflicto y de estallido de contradicciones por referencia al sistema supranacional. Y en la tarea concreta es obvio que se tenga que recurrir a construcciones conceptuales que haga viable, pero con sentido, el intento.

Tenemos ya, pues, que «contracultura» y «antipsiquiatría» son conceptos que recubren unas específicas realidades, unos comportamientos y unas conductas, unos modelos operantes y concretos de adaptaciones o desadaptaciones a la sociedad, por

virtud de las cuales se especifica un determinado tipo de gente (el enfermo mental, el contestario, el revolucionario...) que opone un determinado tipo de resistencia y sufre un determinado y específico tipo de violencia represiva. La justificación de este tipo de violencia se da por medio de la noción abstracta de «orden social a conservar», de «evitación de la violencia que a sí mismo o a los demás el marginado se pueda o pueda dar», de «ser como debe ser», etc., etc. De nuevo recorro a Basaglia, para describir: una sociedad dada no es otra cosa que un sistema de interacción, en el que «el tipo de creencias, organización social, nivel económico, desarrollo tecnológico e industrial, poder político son los parámetros de caracterización», que, además, constituyen los límites de determinación del terreno normativo. La desadaptación, la «conducta» o el «comportamiento» desviados se dicen respecto o de la totalidad de valores manifestativos de los parámetros de caracterización del sistema o respecto de un sector de valores, correspondiente a uno de esos parámetros.

Cuando un estrato de la clase dominante o dirigente resuelve que se han quebrantado las normas, que hay desajustes de un individuo por referencia a los valores que regularizan la actividad en el sector correspondiente, es decir, cuando se diagnostica, tenemos ya el tipo o categoría de «desadaptado» correspondiente. Tal individuo es relegado, a partir de ese mismo momento, a la institución que se ocupará de restablecer el equilibrio perdido, de devolver el sentido para las normaciones o, en los casos desesperados, se ocupará de la custodia del elemento pernicioso. Médicos, psicólogos, terapeutas, asistentes sociales, guardianes, carceleros, enfermeros. Hospitales, clínicas, campos de trabajo, asilos, cárceles, campos de concentración. En una palabra, los millones de archipiélagos Gulag de todas las condiciones y de todos los colores.

¿Cómo se manifiesta la crisis, la ruptura de la norma? No toco el problema de los oligofrénicos. El diagnóstico (es decir, la caracterización de una personalidad ejercida que realiza el capataz, el psicólogo, la familia, el policía, el médico y todos a la vez) es siempre cuestión de algo que no se hace o que se hace, que no se dice o que se dice contra norma. ¿Por qué se era buen padre, honesto empleado, correcto vecino, cliente seguro hasta que un buen día se deja de serlo y acaso todo a la vez? O no se hace algo o se hace contra norma. Un individuo en sociedad ha de producir algo o tener medios para que otros produzca por él. Si no es ese el caso, necesaria e ineludiblemente vive al margen de la norma. El científico sanciona negativamente el hecho y la institución se abre para recibir al perturbado mental, al delincuente, al invalido...

Siempre hay elementos deteriorados y negativos en la personalidad de un individuo. Fijaros el drama si un juez quisiera hacerse cargo de todos ellos para condenar, solamente para condenar. Pero, ¿no hay un círculo en el hecho de que un hombre que no produce segrega elementos negativos para sí y su entono íntimo y así de seguido? En una comunidad primitiva, el «loco» tiene asignada una función social: su dominio es, precisamente, el de lo no sujeto a norma. En la nuestra, tal cosa no es posible. Y el que no lo haya no es sencillamente mas que la consecuencia de un absoluto control del sistema social de todos los sectores en que se ejerza o se pueda ejercer la producción (material, pero también teórica o personal).

0.IV.

El miembro de la «contracultura», en principio, podría ser el elemento que no está en la producción material, porque no quiere estar. Supone una diferencia respecto del que no puede o del que no es capaz de encontrar acomodo para lo que, realmente, «puede»

hacer. Pero esta diferencia no nos apresuramos a darla por definitiva. Porque, ni aún en el caso de los EE.UU., es, en absoluto, cierto que haya tal diferencia.

En primer lugar, el hombre que siempre fue respetuoso con la norma y que un día dejó de serlo ha podido marginarse no simplemente por razones comportamentales (de disfunción objetiva), sino, lo que es otra razón, por causas de transformación «conductal». Porque haya advertido que los valores no corresponden a la situación, porque haya comprobado que hay fractura entre un código normativo y las tendencias objetivas. En segundo lugar, estamos acostumbrados a considerar que la juventud que se revuelve lo haga como sin causa, porque ellos son «los hijos privilegiados de la Historia, porque lo poseen todo... Ya se conocen todos los tópicos. Pero yo diría que la pobreza de los negros, de los chicanos, de los pieles rojas son causas efectivas de inadaptación. Yo diría que la contradicción entre el tipo de costumbre vivida por estas minorías (y vividas en condiciones de pobreza y con la pervivencia de instituciones de aculturización tan decisivas como son las del lenguaje de origen) y la educación soportada en instituciones extrañas, que se presentan como medios de aculturización con un idioma distinto al familiar (lo que provoca dislocaciones en orden al desarrollo de aptitudes «superiores»), yo diría, repito, que es también factor y esencial de inadaptación. Yo diría que el desempleo no es nada que no afecte directamente a la juventud. En resumen, diría que el problema de la contracultura es real y gravísimo, en donde las causas de inadaptación son objetivas, pero que es un problema que se ha pretendido desfigurar ideológicamente, puesto que, en su determinación combatiente, es un movimiento no reformista, sino de implicaciones y voluntad totalizante. Lo que hace de él un movimiento que por necesidad tiende a organizarse, abandonando toda forma de espontaneidad, en la medida misma en que esta espontaneidad es un obstáculo a su propuesta «contracultural».

Pero estas afirmaciones me obligan a denunciar toda ambigüedad: en efecto, hay un movimiento espontáneo, anárquico, multiforme, de variada expresión, con propuestas contradictorias, que denuncian la violencia y la angustia universales, ante el que nadie se salva por su etiqueta, que se pronuncia contra el sistema capitalista, pero que no niega la degeneración brutal de un cierto socialismo establecido, que desconfía de toda institución burguesa, y que incluye entre ellas a los partidos de izquierda. Este movimiento es el que se conviene en llamar «contracultural» y con el que se ha realizado la conversión de la problemática real, productiva o de explotación, reproductiva o de colaboración, en una problemática exclusivamente existencial, mistificante, utópica, irreal. Movimiento que las izquierdas occidentales y sus aliados no dudaron en denunciar como pequeño burgués, populistas, y, en fin, todas aquellas cosas a que está pronto un socialreformismo que aplica los juicios por clichés.

Cuando hay manipulación es porque se teme que el individuo, los individuos, se pongan a la tarea de tratar de modificar su desajuste, por intervención positiva de la realidad. Y, en todo caso, en el movimiento «contracultural» (años 60) si algo queda claro es la lucidez de la clase dominante, para admitir su propio peligro, para acudir a sostener y mantener la situación con todos los medios a su alcance, desde el asesinato político, la represión policíaca e, incluso, la amenaza de movilización militar. Y lo cierto es que los partidos de izquierda, los tradicionales, los de la «revolución» no estaban allí. Y allí se refiere a EE.UU., Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. Ni quiere esto decir que la organización y canalización de este movimiento hubiera sido capaz de subvertir de una vez por todas el sistema ni se niega la cualificación de espontaneidad e incluso de desconcierto político del movimiento. Se afirma, sin más, que la «desadaptación» (dicho sea de una vez por todas) puede deberse y poseer un fundamento objetivo y que ello

provoca y dispone un espacio que es misión de los «partidos revolucionarios» convertir en situación revolucionaria. Con lo que «contracultural» pierde su localización geográfica y temporal estrictas (la que les ha otorgado la manipulación y transformación ideológica), para convertirse en algo muy próximo a una situación revolucionaria. Dados los factores objetivos, la espontaneidad en la oposición, sólo falta una cosa para que el movimiento pase a ser de vago e inconcreto, de contestación a fuerza de transformación efectiva: la presencia de un partido con efectiva capacidad de análisis y decisión.

O.V.

Pero no nos apartemos del tema. Vamos a recordar que estamos en plena obertura y que de lo que se trata es de insinuar los movimientos y temas que se desarrollarán posteriormente. Digamos ya que estamos ante dos usos y dos configuraciones semánticas distintas del concepto «contracultura».

Ideológicamente, como consecuencia de los efectos a que conduce la manipulación que el mercado imprime a unos productos, para poder incluirlos en circulación se produce una autonomización neutralizada de la corriente que, durante los años 60, pudo llamarse «contracultura». Con origen en los EE.UU. muy pronto, en forma de olas de oposición, presuntamente como desclasado, el movimiento se extiende al resto de los países más industrializados de occidente. Se supone que es consubstancial con un desarrollo de la tecnología y de las instituciones democráticas; está adscrito a medios universitarios, aunque puede llegar a reflejar unas ciertas tensiones raciales, y su malestar no es tanto social como cultural. Es un movimiento que rechaza las opciones políticas que el liberalismo del sistema ofrece y que se encuentra a trasmano tanto de lo utópico como de lo imaginario irreal y libertario.

La oposición lo es a un sistema productor y reproductor de reificación, angustia, extrañamiento, violencia, cosificación. Pero es esta constancia lo que hace que el segundo uso, la segunda construcción se oponga a la primera, para afirmar rotundamente que toda tendencia que pretende modificar la conducta y los comportamientos, a partir de una transformación radical de la realidad y de la realidad social, es una tendencia, es un movimiento «contracultural». El problema entonces se suscita no tanto por atención a los objetivos «cultistas» confesados cuanto por referencia al sujeto histórico que asume el proyecto de transformación.

El conjunto de fuerzas capaces de provocar una transformación cualitativa de la personalidad colectiva necesariamente tiene que proponerse y organizarse como transformación objetiva de las relaciones sociales o, lo que es lo mismo, como instancia dominante que determina el sentido y la orientación de las fuerzas de producción. No hay voluntarismo, aunque sí consciencia, en el sentido que indicaré inmediatamente. La extrañación de sí del individuo, las posibilidades de su explotación, el que quede sometido a la violencia estructural, sin posibilidad de desarrollo personal, sin un tipo de oposición coherente y eficaz, depende del grado de consciencia con que se asume una praxis de integración o de rechazo respecto a las dimensiones reales de la situación y a los intereses colectivos de clase. Como hemos venido diciendo hace mucho tiempo, en la actualidad, la ideología no funciona sólo por proposición de un cuerpo de creencias, valores y conceptos falsos, sino por legitimación interiorizada en el individuo de los comportamientos de ajustes al medio. En la medida, por tanto, en que se es capaz de contestar esa legitimación, en la medida en que se es capaz de analizar críticamente la propia situación, en la medida en que se es capaz de identificar los valores y normas que

construyen nuestra práctica como valores y normas propuestas e impuestas por la lógica y el ethos del sistema que no son sino la lógica y el ethos de la clase dominante, en esa medida el individuo asume consciencia de su pertenencia a una clase opuesta y, por ello mismo, capacidad, en cuanto miembro de esa clase contradictoria, para transformar la realidad. Y en este sentido cabe hablar de «contracultura», que en cuanto consciencia y consciencia política es, en su actuación, fuerza revolucionaria.

Por tanto, todo movimiento subversivo, capaz de imponer un proyecto de transformación a la realidad, es decir, capaz de organizar la realidad en una forma contradictoria a la actualmente existente, es «contracultural». La realidad organizada, en proceso de cumplimiento del proyecto de transformación, es un todo dialéctico en el que no se han evitado las contradicciones ni han desaparecido las luchas de clase, pero en el que la clase dominante ha invertido el orden de predominancias. La marginación para el período histórico anterior, la desadaptación, cobran así un índice distinto de valoración. Si el individuo que en el período histórico anterior era un ser fracturado porque no había coincidencia posible entre sus comportamientos productivos y su conducta y la aplicación al sector a que se le condenaba, llega a asumir la práctica de sujeto histórico que le pertenece (adscripción consciente y práctica a la clase propia) es con toda certeza seguro que la fractura, la desadaptación o el disturbio de personalidad se resuelvan en la forma propia de equilibrio.

0.VI.

A pesar de todo, ¿no se recurre al voluntarismo? Pienso que no si se repara que la adscripción «real» de un individuo social a una clase es independiente de todo factor subjetivo, ya que viene determinada por la posición tenida en un modo de producción. Y aquí no se trata de consciencia. El ser de clase es definido por relaciones sociales de producción, por tanto, por la posición que se ocupa en la estructura social. La pertenencia del individuo a la clase queda así definida por prácticas, con lo que *objetivamente* se pertenece a ésta o aquella clase, independientemente de toda representación, de toda idea que uno se haga de su función en el interior de una sociedad. Por ello puede darse la inconsciencia del individuo respecto a la naturaleza de sus verdaderos intereses. Quiérase o no se pertenece a una clase, objetiva, realmente. Que se llegue a esta consciencia, es ya otra cuestión.

Subjetiva e ilusoriamente se puede concebir el monto de nuestros comportamientos y, por lo tanto, sustentar un proyecto de conducta que, por ser falso, aboca al fracaso. De esa manera, si por personalidad queremos concebir el super-yo que integra y totaliza nuestros actos, que presenta un haz de valores ideales a nuestra vida, que nos proporciona un paradigma de sujeto, no cabe sino decir que estamos frente a un modelo que nos atrae «idealmente», pero que en cuanto segregado por las superestructuras ideológicas que produce la clase política y económica dominante, conforma y determina materialmente el sentido de toda nuestra vida.

El modelo actúa, a ciertos niveles, *inconscientemente*, pero sólo y en la medida en que actúa en la forma de constricciones legales y valorativas de nuestra situación. La cultura es entonces hábito, adquirido por aprendizaje social, pero es, a la vez y simultáneamente, stock de necesidades, vías de cumplimiento, poder productivo, legitimación de ese mismo poder, etc., etc. La inconsciencia, en la práctica productiva pragmática y teórica, es la obligatoriedad de un proyecto personal que se sufre, se soporta y se ejerce. Por el contrario, cuando el fundamento objetivo queda consciente, cuando se percibe

conscientemente que la personalidad nos ha sido determinada no en orden a un sistema de necesidades, de aptitudes, de cualidades, que desarrollen la particularidad de la humanidad a que nos da derecho el estado actual de progreso histórico, en ese mismo momento la práctica significativa de nuestro ser social, la riqueza o pobreza de nuestra intimidad, se ponen de manifiesto.

La cultura se vive así crítica, es decir, racionalmente. Se trata de «comprender» la vida, de su sentido total, de su transformación responsable, de vivirla y de vivirla en libertad. En la inconsciencia, el disturbio de personalidad se vive como contradicción, como pragmática desgarrada: entre la economía y la ideología, un yo que se desgarran entre realidad e idealidad, entre necesidad y prohibición. Se obliteran instancias legítimas, se subliman o se «neurotizan». Y esto crea un estado permanente de ansiedad, de agresividad, de angustia. Lo natural no es aquello a lo que alcanza y justifica, por su transformación, la cultura: es, sin más, lo rechazable. Acríticamente, la desadaptación, el «disturbio de personalidad» es la enfermedad, el delito, la impotencia. Críticamente, la desadaptación puede ser un proyecto responsable, la exigencia de recuperación de fuentes legítimas de equilibrio; puede ser la condena de un sistema injusto que condena al hombre a la miseria, al expolio, al sufrimiento, que hace a la Historia volver atrás. Críticamente, pues, puede ser asumir la exigencia de un protagonismo histórico.

0.VII.

Que falta esa determinación histórica en el movimiento «juvenil» de los años 60 es algo que tendremos, en todo caso, que establecer. En cuanto potencialmente revolucionario (grupos minoritarios que se van radicalizando a medida que la lucha se prolonga y en cuanto son capaces de denunciar la inoperancia, cuando no el reformismo y la traición de partidos de izquierdas «clásicos»), en cuanto fundado objetivamente (pobreza, desocupación, colonialismo, guerra), el movimiento es sintomático. Si se atiende a que se trata de algo no aislado, sino conectado con hechos de trascendencia histórica (Viet Nam, Cuba, Chile, Laos, China, Checoslovaquia, Francia, Italia, Alemania), si se le considera en la referencia que establece el renacimiento de nuevos fascismos y el fortalecimiento de otros ya existentes, si se le operativiza en el marco que definen las luchas del Tercer Mundo, las crisis económicas mundiales, el enfrentamiento y la fragmentación entre comunismos instalados, entonces no cabe la menor duda de que estamos frente a un hecho que es todo menos folklórico.

La marginación o la desadaptación cobran un nuevo aspecto. ¿Qué sentido tiene el desafío a la «sociedad opulenta» del «liberalismo democrático» de unas fuerzas que nacen y se desarrollan en su interior? La conclusión parece que no puede pararse por más tiempo: se trata de algo así como de operar con otro concepto y acaso el más idóneo no sea sino el de «alienación».

Alienación, desde su tratamiento clásico, es un concepto cuyas connotaciones permiten cubrir satisfactoriamente los distintos aspectos del proceso que he venido indicando. Dimensiones objetivas y su gravitación sobre los aspectos subjetivos: extrañación, lo otro que yo, lo producto, el producto que a su productor se arranca, reificación y ocultamiento, pérdida del valor de totalidad, excentricidad mecánica por alusión a concepto u objeto. Basta con esto. Y con esta Introducción, pues de lo que se trata ya es del desarrollo de los temas que aquí han aparecido: mostrar la alienación operando, a nivel macrosocial, al de ciencia, costumbre e institución.

SOCIEDAD, VIDA Y VALOR

I.0.

Conectada estrechamente con unas declaraciones que hace unos días hacía el máximo representante de la política exterior norteamericana, está la crítica que en los últimos tiempos tiende a llamar a los conflictos armados por el nombre de sus causas más determinantes. En ese sentido, hace ahora un año iniciábamos un grupo de compañeros un programa radiofónico que se pensaba dedicar a crítica cultural y que se inauguró con una referencia a los pueblos del Tercer Mundo. Tuvimos entonces la voz, el canto, los poemas y los programas de poetas, educadores, políticos y pueblo que proclamaban su derecho y su determinación a caminar y construir los caminos de la dignidad. Viet Nam era como el polarizador, aunque quisimos simbolizarlo por aquella materia prima que, en sí misma, era toda la razón de la tragedia: Tunsteno. Todavía Chile era cobre y una hermosa y absurda esperanza y Palestina acaso petróleo, pero siempre un largo e inacabable calvario. Del «Changuito» se prolongaba la determinación de la razón. Africa ya se moría de sed. Tunsteno, cobre, petróleo y sed y, para ligarlos, sólo dolor y sufrimiento. Desde entonces, desde antes, todos los años, cada año, cada día, cientos de miles de muertos en las carreteras, muertos por el absurdo y, como contrapunto, los muertos del tunsteno, el petróleo, el cobre. Parece como si sólo los hombres que se mueren de sed se murieran de nada. La crisis del petróleo y crisis del dólar: Europa inerme frente al chantaje. Kissinger, ante la posibilidad de una reunión de representantes de los países consumidores ante los países productores, proclama la más enérgica medida ante cualquier acción «unilateral» que pueda dañar los intereses norteamericanos. Las «siete grandes» compañías controlan el mercado: he ahí los intereses. Imperialismo y mercado.

I.I.

De 1965 a 1968 se configuran y desarrollan los rasgos típicos de la oposición interna a la civilización del Welfare. En la esfera de los grupos comunitarios donde por principio se supondría la vigencia de los valores de privacidad, se produce lo que los funcionalistas llaman desplazamiento del tipo de control interno (ingroup) a un control y una responsabilidad impersonal (outgroup): se desarrollan las instituciones de la Asistencia Social y la marginalidad se convierte cada vez más en un problema de tipo higiénico, de prevención o asepsia asistencial. Con la consecuencia inmediata de la pluralización de las policías que gozan de una impunidad ajustada al embrollo de las comisiones jurídicas de las que dependen. Pero la complejidad asistencial no se manifiesta exclusivamente en la eliminación de parcelas importantes de responsabilidad privatizada, sino que, además, determina un proceso de relaciones socio-económicas muy complicado. Pero veamos cómo se plantea el marco de referencia, aunque tengamos que hacerlo de manera muy esquemática y suponiendo que mi exposición será ampliada y completada por vuestros propios conocimientos (en general, las corrientes que resumo son las propuestas de la economía política de la Nueva Izquierda, precisadas por los trabajos anteriores de Dobb, Sweezy, Baran, Mande], etc., etc.).

I.II.

El trabajo humano posee una permanencia constante en todos los sectores de la actividad social. Como trabajo concreto y específico es creador de los valores de uso que sostienen la interacción humana, como trabajo abstracto y en tanto factor de

comparabilidad entre distintos valores de uso, funda el valor de cambio, forma que adopta la mercancía, fundamento de la circulación de valores en una sociedad establecida sobre la división social del trabajo y la propiedad privada de los medios de producción. Entre la sociedad de economía natural (donde las unidades de producción lo son también de consumo) y la sociedad capitalista, se produce un amplio período histórico caracterizado por una economía de producción de mercancías, aunque sin que esta producción alcance las dimensiones que llega a poseer en la sociedad capitalista. El intercambio básico que define este modo de producción posee dos formas :

- a. el productor vende o cambia por dinero un valor de uso para adquirir otro: M - D - M (mercancía - dinero - mercancía).
- b. el productor cede su lugar al propietario de dinero, quien compra para vender: D - M - D'.

En el caso a) se supone que el valor permanece constante, pues el productor cambia un valor de uso (el valor que satisface una necesidad) por otro: el trueque asegura una recíproca satisfacción de necesidades y nada más. En el caso b) comprar para vender sólo tiene sentido si, al término de la operación, el dinero inicial D se ve incrementado en D'. La operación produce, pues, un suplemento de valor, esto es, una plusvalía. Aquí se instala el concepto de capital: el valor que produce plusvalía. En las sociedades precapitalistas, y supuesto que capital no se identifica con modo de producción capitalista, el capital adopta la forma de capital mercantil, comercial o prestamista. El hecho que hay que retener consiste en que el capital básicamente no penetra la esfera de la producción (dicho en términos generales y simplificando), sino que interviene en el momento del intercambio. La explotación se realiza bajo otras formas sociales (estados teocráticos, feudales): el capitalismo como forma de organización de la producción interviene sólo directamente

- a. cuando los productores pierden sus medios de producción;
- b. cuando los medios de producción se concentran monopolísticamente en las manos de una sola clase social;
- c. con la constitución de una clase social productora. desprovista de los medios sociales de producción y reducida a vender su fuerza de trabajo para subsistir.

Como características históricas fundamentales tendremos la revolución democrática que, en el orden político, significa la ascensión de la burguesía al poder, en el orden económico, la capitalización de los procesos de producción, en el orden ideológico, la proclamación de las libertades y derechos formales.

I.III.

Del desarraigo de las poblaciones errantes durante la Edad Media («mercados de trabajo» de Florencia, Venecia o Brujas, véase Cox), de la disolución de formas de socialidad feudal, consecuencia del empobrecimiento de la aristocracia, de la expulsión de sus tierras de núcleos muy importantes de campesinado, así como de las concentraciones humanas favorecidas por los primeros procesos de industrialización, se constituye el núcleo original del proletariado. sobre el que gravitan como causas fundamentales de fractura cultural no sólo la pobreza y miseria objetivas, sino además el brusco tener que atenerse. desde unos modos de vida típicamente rurales y medievales, a

realidades sociales de convivencia e intercambio para las que en absoluto están adecuados. No importa el propio desarrollo interior (como pretenden Touraine y Darenhorf), ya que el problema inmediato e inaplazable es el de la subsistencia. La libertad, como se ha dicho tantas veces, se convierte simplemente en problema formal y secundario subjetivamente, cuando la presión objetiva son las necesidades de supervivencia. En este sentido, en el de la calidad de la vida y la textura histórica, se produce con el capitalismo una regresión: la condición social queda establecida o por la posesión de la propiedad de los medios de producción o por la necesidad de vender la fuerza de trabajo. El sistema burgués se convierte en un inmenso organismo de autoproducción capitalista: en tanto el salario se consume inmediatamente el capital se acrecienta con una plusvalía que hace mayor la separación entre clases y favorece la tensión.

I.IV.

La economía capitalista tiene su «regulador» en el mercado. El supuesto que se quisiera imponer es el de la cantidad de trabajo social consagra a una rama de la industria es la respuesta de los mecanismos de producción a una necesidad socialmente significativa. El precio resulta como valor exacto de la mercancía y es indicativo de los equilibrios o desequilibrios manifestados en el mercado. No hay economía capitalista sin mercado y se supone que no hay mercado sin competencia. El mercado representa, de un lado, el espacio social donde se manifiestan las necesidades socialmente significativas; de otro, el conjunto de valores mercancía susceptibles de cubrir aquellas necesidades. La competencia se plantea así como el hecho determinante de la posibilidad de movimiento por parte de la sociedad. Pero, además, en cuanto que economía capitalista representa la libertad de producir, siempre que se posea el capital necesario, por competencia hay que aceptar un sistema no coactivo de libre competencia, donde los productores compiten entre sí por obtener la decisión compradora del consumidor. El mercado tiene, por fin, una profunda justificación civilizadora, pues, por cuanto los medios de producción se demuestran como especialmente competentes para reproducir valores en gran escala, se supone que las mercancías, en casi todos los sectores, experimentan bajas de precios que las hacen accesibles a poblaciones cada vez mayores. Y es en este sentido donde los apologistas del mercado insisten para destacar las ventajas de un sistema de producción que tiene, como efectos más destacados, hacer penetrar la posibilidades de civilización en todos los sectores dominados por el sistema. Pero esto es precisamente lo que ha de comprobarse.

I.V.

El desarrollo de la producción capitalista implica el desarrollo de las vías de comercialización: de una parte, la «democratización» del consumo, pues la producción pasa de ser producción artesana para una élite a ser producción industrial para masas. El mercado amplificado y, por tanto, las necesidades de la gran producción implican la extensión y complejidad creciente de un sistema de comunicaciones a escala universal. Pero este sistema de comunicaciones no representa, por sí e inmediatamente, una universalización del consumo, ya que lo que la historia nos muestra es la contracción geográfica del consumo, paralela a la expansión extractora de materias primas. El crecimiento industrial se produce en un proceso cargado de contradicciones; el desarrollo capitalista, fuera de toda valoración ética, muestra tendencias de coexistencia contradictoria e insolubles. La expansión industrial provoca crisis o recesiones en el sector agrícola; la competencia no concluye en progresiones descendentes de la tasa de

precios, sino en la eliminación de la misma competencia; la expansión productora no determina una universalización del consumo, sino una racionalización planificada del despilfarro; las tendencias civilizatorias presuntamente existentes en la extensión del mercado, no llevan sino a la tendencia comprobada de un deterioración de los modos de vida.

I.VI.

Pero es necesario seguir con el desarrollo del capitalismo. Así, hay que decir que las contradicciones que acabo de esbozar se agudizan más si reparamos en que el desarrollo del capitalismo sólo es posible a condición de una revolución en la naturaleza misma de los medios productivos. Si la realización de la plusvalía es la condición de la acumulación de capital, si el beneficio sólo es «capitalista» cuando la plusvalía se capitaliza (perdón por la redundancia), la producción sólo se acrecienta ddo un estado de desarrollo superior de las ciencias y las técnicas. La revolución capitalista es revolución industrial, es decir, transformación eficaz de las dependencias de la ciencia, por lo mismo, ampliación del grado de dominio de la razón sobre la naturaleza, paso de la creencia al conocimiento, etc., etc. La producción de plusvalía, sobre la base de la producción industrial, se representa, y en sus orígenes, como directamente proporcional al progreso técnico que representa el capital constante (instrumentos de trabajo, máquinas, fábricas, etc.) e inversamente proporcional, en términos relativos, al valor del capital variable (el precio de la fuerza de trabajo). Esto es, cuando mayor es la tasa de producción de plusvalía (diferencia entre el valor recibido y el valor producido por el sector asalariado) y más eficaces los medios de producción, crece aceleradamente la posibilidad de capitalización de la plusvalía producida y, por lo mismo, la extensión del sistema productor. La primera contradicción racional se establece sobre la tensión racionalización-miseria que es la característica más acusada del período brutal de expansión primitiva del capital. La segunda, sería el problema de un subconsumo real que hace real la existencia de stock producidos, pero no productivos, con las consecuencias de la subproducción de sectores industriales determinados, la destrucción pura y simple para mantener constantes los índices de precios o la reversión hacia las industrias de la guerra, el desarrollo hipertrofiado de la publicidad, etc., etc. La existencia de un subconsumo objetivo debe ser combatida, pero combatida sobre la base de que lo perseguido no es un abstracto bien común, sino la reproducción de la plusvalía. Pero, además, y para incrementar la segregación de esta irracionalidad a que me estoy refiriendo, la acumulación de capital, la capitalización de plusvalía no es nada que pueda distribuirse equilibrada y pacíficamente entre los propios capitalistas productores. La concurrencia conduce inevitablemente a la concentración del capital: la contradicción estalla referida a la esencia misma del mercado. Si se puede decir que la capitalización es factible sobre la base de una acumulación basada sobre la materialización de un expolio, la concentración contradice el dogma de la propiedad privada, en el sentido de que hay una constante expropiación de pequeños propietarios por un número inferior de grandes propietarios.

I.VII.

En el campo se produce algo semejante. La revolución burguesa representa un corte casi absoluto en la continuidad de formas de propiedad comunales, en la forma variada que ésta revista; por otra parte, las «revoluciones» agrarias (desamortizaciones, secularizaciones, expropiación de determinados sectores de la gran aristocracia rural, etc.), se dirigen directamente a quebrantar las formas jurídicas de propiedad de derecho

consetudinario, se produce la atomización de la tierra cultivable, se establece la red de prestamistas, un sistema más oneroso de impuestos... La consecuencia es que el pequeño campesino queda muy pronto (y después del establecimiento de la libertad) desposeído: la propiedad rural vuelve a concentrarse..., en las manos de otros dueños (siempre en el supuesto de que se haya desposeído de sus propiedades a la aristocracia, comunidades religiosas, etc.).

I.VIII.

La concentración es la consecuencia directa del desarrollo del capitalismo. La libre concurrencia es reemplazada por el monopolio, que fundamentalmente se establece sobre los sectores productivos donde la concentración de capital es más elevada. Otro tipo de irracionalidad estalla: los monopolios no se establecen sobre la base del desarrollo social del consumo (quiero decir, sobre la base filantrópica), sino como acaparadores del beneficio: el acuerdo monopolístico se establece sobre la fijación de precios y determinación del monto total de la oferta, con lo que el capital constante, las fuerzas productivas quedan por bajo de su capacidad real de producción. La estabilización de precios deriva inmediatamente a un aumento de los mismos: además, la capitalización de la plusvalía tiene que derivarse hacia otras ramas de la producción, puesto que invertir en la misma rama supondría acrecentar el nivel productivo, intensificar la oferta y desnivelar el mecanismo de mercado en favor del consumidor. Está, pues, el hecho de una rama industrial que actúa por debajo de su capacidad real, la penetración económica del monopolio en otros sectores productivos, la exportación de capital... Como resumen. la posibilidad de que un mismo grupo rector oriente, en su exclusivo beneficio, no sólo la economía nacional, sino además y muy especialmente que determine la orientación general de la economía internacional. El imperialismo y su término de subordinación, el colonialismo, originan una nueva contradicción: la exportación de mercancías, la importación de materias primas y la penetración de capital reproduce en países todavía no capitalistas el modo de producción capitalista. El desajuste entre sectores en el país colonizado, la coexistencia de formas antagónicas de regulación social, la precipitación histórica de estratos de población fracturados entre formas de consumo, valores de conducta, comportamientos sociales y formas de explotación contradictorias, la importación de minorías nacionales servidoras del capital extranjero, etc., pueden muy bien servirnos de ejemplo de lo que he querido decir, cuando me refería a la desadaptación como problema no psicológico. Un Congo con formas industriales refinadísimas de extracción de minerales, con una flamante república «democrático burguesa» y la existencia constatada de antropofagia, puede ser el mejor ejemplo que ilustre la condena de Lumumba, su asesinato y su requisitoria permanente contra Bélgica.

I.IX.

En definitiva, el modo de producción capitalista se caracteriza por lo que podría ser su contradicción paradigmática: la tendencia imparable de universalismo, teniendo como finalidad el interés privado. El espacio de influencia del capitalismo se amplía hasta desbordar toda limitación nacional-geográfica: el trabajo se inscribe en todas las áreas susceptibles de transformación: el valor como producción objetiva parece que finalmente realiza el propósito histórico de la Razón. Pero esta tendencia a la expansión, esta «sistematización» que domina al mundo y produce la transformación de la naturaleza, no consume, sin embargo, la racionalización del proyecto de Historia, tanto a niveles colectivos como, derivadamente, a niveles individuales. La vida económica socializa,

pero esto no es otra cosa que el intento de economizar toda organización social. De aquí que estallen las contradicciones: la «sistematización» imperialista del mundo es un proceso de doble y desigual movimiento: si el que va del centro a la periferia es determinante, el que se produce de la periferia al centro es sólo de subordinación, esto es, de explotado a explotador. De aquí el sentido de la crisis: la inestabilidad del sistema se manifiesta en el hecho de que la socialización productiva sea incompatible con la apropiación privada. La crisis se convierte así en un proceso dialéctico de instancias contrapuestas e irreductibles que repercuten en la totalidad estructural: los procesos de inflación transmitidos en corriente a todo el sistema, el acrecentamiento de la lucha de clases en un sector cualquiera con repercusiones indefinibles y poco a poco imparables, los movimientos de liberación nacional, con recortes cada vez más influyentes sobre la necesaria condición expansiva, etc., son factores todos que influyen sobre la posibilidad de una negación alternativa y definitiva.

I.X.

Fueron las crisis y el enfrentamiento entre imperialismos, junto a la aparición revolucionaria de un nuevo y contradictorio sistema, lo que provocaron la génesis de lo que llamamos neocapitalismo. El intento de eliminarlas de una vez por todas, la solución acordada, la posición conseguida al término de la Segunda Guerra mundial y el desarrollo gigantesco y casi sin límites de una capacidad productiva galvanizada por las necesidades de la guerra, lo que concede a EE. UU. el papel dirigente en el sistema capitalista occidental de producción. Con todo, el proceso de consolidación de la economía se pone en marcha antes del estallido de la Segunda Guerra. De lo que se trata es de introducir nuevas formas de desarrollo y consolidación del capitalismo monopolista, teniendo como objetivos a corto y largo alcance y respectivamente

- a. - superar la crisis de 1929-1932;
- b.- ocupar el centro hegemónico en la economía mundial.

Si para Europa el nacimiento de la organización y combatividad de la clase trabajadora se establece en el violento período que va desde 1865 a 1890, aproximadamente, para constituirse, dicha clase, como portadora de capacidad potencial de transformación revolucionaria de la sociedad en los 35 primeros años del siglo XX, en Norteamérica el movimiento sindical no se consolida ni en capacidad colectiva combatiente ni en movimiento nacional hasta la década 1919-1929 (con un período posterior de capacidad real de oposición que va desde 1929 a 1933, todo ello aproximadamente). Este hecho (así como las características de aluvión de la población, principalmente en las zonas colonizadas del país) confiere a las luchas sociales en Norteamérica un carácter muy peculiar: la burguesía está organizada en estructuras muy próximas a las feudales, sobre todo en lo que se refiere a la defensa «paramilitar» (pandilleros a sueldo, etc.), de sus intereses; por el contrario, la procedencia misma del proletariado industrial impide que, ideológicamente, se asuma otra posición que no sea la de un difuso, vago e indeterminado estado de conciencia de aspiración por oportunidades, democratismo participante, etc., etc. No faltan episodios típicos de lucha de clases (como podría ser el caso Sacco y Vanzetti o los de otros líderes y huelgas cantados por los folk-singers), pero en general, la lucha sólo comienza a tener formas superiores de organización y efectividad a mediados de la década de los años 20. En todo caso, hay un estado generalizado de opinión en EE. UU. por ese tiempo que lleva a la afirmación de que un cambio estructural es imposible, porque, en el fondo, hay una confianza generalizada respecto a las posibilidades del sistema. Confianza que se

desploma con motivo de la crisis de 1929.

I.XI.

La crisis era mundial, pero mientras Norteamérica, por vez primera se encuentra, *de manera explícita*, ante el fenómeno indisimulable del conflicto, en Europa la amenaza adquiere formas mucho más concretas. Se trata de consolidar entonces el sistema, lo que lleva a la intervención directa y «beligerante» del Estado. Esta intervención no puede menos de mostrar el carácter de instrumento de clase del Estado, incluso a costa de denunciar y renunciar a la instancia legitimadora ideológica de neutralidad. La intervención adoptará distintas formas más o menos descubiertas de autoritarismo, desde las de «Salvación Nacional» a los fascismos centro y meridionales europeos. Poulantzas más actualmente, y una serie de autores anteriores, han calibrado el problema del fascismo: aquí lo que ahora interesa no es tanto un análisis de este intento brutal de eliminar las crisis social, económica, política e ideológica, cuanto de afirmar su instrumentalización por respecto a los intereses del imperialismo. Si, en los momentos presentes, echamos una mirada al panorama internacional veremos cómo la proliferación, el mantenimiento y el fortalecimiento de los regímenes «fuertes» (fascismos) dependen de los intereses del campo de fuerzas entre imperialismos actualmente existente. Digamos, pues, que la intervención «explícita» del Estado representa la cristalización de una nueva contradicción: los mecanismos del mercado son, en sí mismos, incapaces para asegurar al modo de producción sobre él montado ni estabilidad ni continuidad. La intervención está exigida, de tanto en tanto, a lo largo de períodos que los economistas han señalado, por la ineficacia de los mecanismos automáticos de regulación del mercado. La fuerza reguladora es la del Estado, que pierde así su «neutralidad» liberal y democrática, pero que cierra de manera coherente con las propias exigencias de la estructura social, el movimiento de instancias recíprocamente consolidadas y estructurantes. Un sistema social ni se puede concebir (a despecho de todo lo que quieran los funcionalistas) sin conflicto ni este conflicto se entiende sino es en la referencia a valores e instituciones, producción -alienación, desarrollo histórico, calidad de las relaciones sociales y naturaleza de éstas. La estructura se concibe así en la interpenetración de niveles económico-político-ideológico. Con lo que la violencia estructural ha de darse específicamente en las tres instancias que la estructura abarca.

I.XII.

Dice Cox que la posición dominante de una nación en el sistema imperialista hace compatibles la pobreza y violencia segregadas por el sistema para otras zonas de él con un cierto número de concesiones otorgadas a las clases productoras de la nación dominante. De hecho, y como puede advertirse de las obras más características del período, esas concesiones tienden a establecer una colaboración consolidada entre la burguesía y las fuerzas más conservadoras del movimiento obrero, hasta llegar al neutralizamiento de éste. La contracultura, en tanto movimiento específico norteamericano, propuesto con la vaga denominación de «Nueva Izquierda», no se comprende si no la situamos en ese contexto: movimientos reguladores e interventores de Roosevelt, primera neutralización del movimiento sindical, intervención norteamericana en la guerra, desarrollo de la guerra fría (segundo movimiento de neutralización), desprestigio de los movimientos izquierdistas occidentales, aparición de nuevas recesiones, un proceso incontenible de inflación, y una oposición cada vez más organizada. En el comienzo del desarrollo del marco social que define a la «contracultura» nos encontramos con una intervención estatal descubierta que se apoya

en una revolución tecnológica amplísima, asegurada en todo el pleno empleo de su potencial productor por la intervención en la Segunda Guerra mundial, primero, el indiscutible ejercicio de la hegemonía después (decaimiento de las potencias imperialistas alemana, japonesa, agotamiento y subordinación de las de Inglaterra, Francia e Italia), la movilización militar encauzada por la guerra fría, etc., etc. El período se va a extender (no importan los incidentes, ya se llamen Corea, Santo Domingo, Panamá, Oriente medio, África), hasta el momento en que las crisis se totalicen, es decir, la crisis económica se manifieste ideológica y políticamente.

I.XIII.

Analizando este marco, Galbraith ha insistido en una serie de hechos que le parecían suficientemente desarrollados como para caracterizar el sistema mundial simbolizado por Norteamérica: supuesto un acuerdo de base con la URSS para el reparto del mundo en «zonas de influencia», y en la expectativa de una China a la que no se acaba de situar, dado el estado de indigencia política y mental de que da prueba Europa, y con un Tercer mundo en una crisis permanente de solidaridad, ni la determinación unívoca del mercado a cargo de la oferta ni la dependencia de la gran industria de los programas militares ni el escape que puede ofrecer la investigación del espacio ni el control ejercido con progresivo rigor sobre las zonas dominadas, pueden parar un fenómeno irreversible como es el de la maduración de las contradicciones objetivas. Sweezy y Baran en su libro clásico, Mandel, Galbraith, etc., etc., han hablado de la importancia creciente del elemento militar en la determinación del sentido de la producción: en efecto, no hay hoy rama de la tecnología productiva que no sea una consecuencia derivada de las inversiones e investigación concentradas en el sector de armamentos. Y se contesta necesariamente el despilfarro que ello supone, porque ni la industria productora de otros bienes puede invertir al compás de la evolución tecnológica (el capital debe amortizarse, recordémoslo) ni esta evolución deja otra opción rentable que la de la destrucción de bienes (si es que se puede llamar así al armamento) y la destrucción acelerada, no solo para que haya amortización en estas industrias de base, sino para lo que es más importante, para que se produzcan beneficios. Si ya hay contradicción en la destrucción de una riqueza producida, la hay mayor si se repara en que la tecnología, en los otros sectores, trabaja por debajo de su capacidad real si se comprende que hay desempleo, si se admite el hambre de más de las tres cuartas partes de la humanidad, si se es consciente de que puede repararse, frenarse, erradicar el deterioro de humanidad en amplias zonas del mundo, si se asiste al esfuerzo por reducir la cultura a sus aspectos menos creadores, más robotizados, por un lado, más animales por otro. El deterioro de la vida cotidiana no es sino la castración a gran escala de las posibilidades creadoras o históricas de la humanidad.

CONTRACULTURA Y PERSONALIDAD

II.0.

Pero habíamos comenzado hablando de un Estado que, en su influencia, penetra todas las esferas de la creación social, incluidas las privadas, y decíamos que se trataba de un Estado que iba progresivamente suplantando las funciones parentales de impregnación cultural, sí, pero también que, el desplazamiento de entidades más o menos naturales de aculturización, se desprendía lógicamente y necesariamente de la necesidad de control sobre el

individuo. No supondría la desaparición del Estado policía ni de su autoritarismo, sino de un nuevo tipo de funciones cuyo juego puede dar origen a más de una confusión. Sería el Estado «padre», difuso siempre en cualquier imagen que nos queramos hacer de él, pero concretísimo en cada una y la totalidad de sus manifestaciones. El Estado «padre» ha querido ser presentado, en ciertas versiones, desde la perspectiva de una «humanización» del sistema: se trataría de los canales múltiples de la Seguridad y Asistencia Sociales que, en los países del superdesarrollo, «impiden que el ciudadano se vea desasistido en sus necesidades». Con todo, creo que el tema no está correctamente planteado, y que las implicaciones van un poco más allá de las obvias. Vamos a verlo, sobre todo para tratar de establecer unas conclusiones en torno al concepto de personalidad y antes de que examinemos el tema del desajuste.

II.I.

El esquematismo de mi exposición no habrá impedido comprender que el desarrollo del imperialismo capitalista implica la posición predominante de una o unas naciones y la subordinación de otras, subordinación que a nivel económico es subdesarrollo, autoritarismo colonial o simplemente fascismo, a nivel político y alienación, a nivel ideológico. Como resumen, se trata de una situación de expolio. Subsidiaria y mediatamente, el proceso representa un cierto incremento general en el nivel de vida y la importación de estereotipos culturales que adoptan, en el plano de los compartimientos de consumo y ostentación, las minorías burguesas y las arribistas (para tener una idea ciertamente folklórica, aunque descriptiva en algunos casos, yo recomendaría las obras de O. Lewis sobre las «culturas de la pobreza»; para aspectos más rigurosos, me inclinaría por Gunder Franck). Pero no se debe olvidar que el *desarrollismo* tiene límites y límites estructurales: no puede ir más allá de determinadas cotas, supuesta la posición subordinada en el sistema. Esta limitación viene provocada por la misma lógica imperialista: la explotación de los recursos de la nación subordinada no tiene límites..., en tanto las circunstancias y la posición de nación dirigente lo consientan. Pero entre esas circunstancias pueden darse dos de extrema importancia. Veamos: Cox dice que lo determinante de un sistema imperialista viene dado por cuatro tipos de factores que no faltan nunca:

- a) aumento de la capacidad productiva de las naciones dirigentes y necesidad de espacio social para la creación de los mercados de expansión;
- b) reducción física de la zona del mundo disponible para la explotación capitalista;
- c) aumento de la resistencia entre los pueblos atrasados a la explotación capitalista;
- d) disponibilidad práctica de una forma alternativa de organización social que pueda eliminar el callejón sin salida del capitalismo.

Las dos circunstancias a que me refiero más arriba y que son susceptibles de modificar la situación de subordinación en una situación de independencia están unidas y se influyen, en los momentos actuales, recíprocamente. Las contradicciones internas y las dificultades objetivas en la nación dirigente pueden provocar no ya los movimientos caóticos y de pura resistencia que se definen como «contraculturales», sino además movimientos de base en las organizaciones sindicales, capaces de eliminar el carácter

social reformista de los dirigentes (esto es evidente en el estallido de las «huelgas salvajes» en las democracias occidentales, en la oposición de los trabajadores jóvenes a la legislaciones «estabilizadoras» de salarios, a las dificultades reaccionarias de los propios trabajadores maduros que se oponen a reivindicaciones agresivas por el temor a la pérdida de sus puestos de trabajo...). Pero todas las contradicciones objetivas que se destacan en la nación dirigente y que configuran un movimiento interno bastante temible favorecen, además, que, en los países colonizados, destaque una burguesía nacional que una, en torno a los programas de liberación nacional, capas cada vez más amplias y representativas de la nación. Pero es necesario aclarar puntos.

II.II.

Dado el estado de complejidad y vinculación de la sociedad mundial en esta segunda mitad del siglo XX, no es pensable un tipo de movimiento de transformación social que se realice fuera de la dinámica de interacción entre factores internos y externos del espacio social a transformar. Pienso que uno de los ejemplos más claros de esta ley lo encontramos en el desarrollo con dominancia política de la República Popular China: emparedados entre dos imperialismos igualmente agresivos y de signo cada vez más coincidente, el desarrollo económico y social de esta nación se está llevando a cabo por medio de una planificación que busca el equilibrio entre los factores de una situación de guerra. «Contar con las propias fuerzas», entonces, no es sino la consecuencia del análisis de la situación internacional y su reflejo en la propia estructura social. Frente a un Tercer Mundo que no quiere alinearse, pero que es utilizado por los dos colosos y que, como consecuencia, es debilitado lenta, pero regularmente, China busca la estabilidad y el desarrollo en la explotación de los conflictos de sus dos enemigos, pero sobre la base de no bajar la guardia en su interior y de no dejar de estimular las dificultades, naturales o artificiales, que brotan entre los dos bloques imperialistas. No se trata, sin embargo, de una coyuntura similar a la existente o decantada durante la primera Guerra y que posibilitó la Revolución de Octubre, sino de la concreción de la ley que acabamos de enunciar. La Unión soviética, por su origen histórico, más que por las últimas fases de su trayectoria histórica, no puede resolverse sin más en los EE.UU.; pero el equilibrio de fuerzas, las magnitudes absolutas de las zonas de influencia mutuas, hacen que un posible conflicto total sea indeseable, sobre todo cuando se repara en las implicaciones atómicas que tal conflicto podría tener. Hay puntos de fricción que resultan de enfrentamientos de intereses, pero, a la larga, como estamos viendo con la crisis del petróleo, se resuelven en beneficio de las respectivas tendencias y necesidades del mutuo statu quo. Pero de estos enfrentamientos que concluyen en la renovación del equilibrio, China obtiene no sólo la posibilidad de seguir construyendo su propia y específica realidad social, sino también la posibilidad de ofrecer, «sin importar», la alternativa a las dos vías en conflicto. Se ha dicho que China tiene que ser mantenida de momento por EE.UU. sin compensación alguna, porque es el único freno válido que puede oponer a la U.R.S.S. en la expansión de ésta hacia la tercera zona: no hay liquidación posible, en cuanto que uno y otro imperialismo no pueden autorizar, por una mínima comprensión de los mecanismos de seguridad, la agresión de uno cualquiera de ellos al tercer rival. Pero esta situación (que China es la primera en calificar de «estado potencial de guerra») desencadena una serie de consecuencias que, finalmente, habrán de romper el equilibrio entre reacción y liberación. Estamos viendo en zonas del Tercer Mundo, limítrofes a las dos áreas de influencia, cómo las dificultades objetivas de estabilidad del imperialismo permiten la aparición de amplios Frentes de Liberación Nacional. Porque la situación tampoco en manera alguna es beneficiosa para EE.UU. La posición dirigente de la Unión Soviética en el seno de la III Internacional determina el

comportamiento posbélico de los partidos comunistas occidentales: y lo que esa posición impuso fue un tipo de disciplina dogmática y esquemática que, por su observancia, llevó a dichos partidos a posiciones social reformistas de hecho (Francia e Italia son los ejemplos más claros; el Mayo 68 es otra muestra que no ha acabado de dar sus frutos; Chile es otra muestra más de la incapacidad orgánica actual de esos partidos «revolucionarios» para interpretar la historia) que, con su complicidad, hicieron mucho por el mantenimiento del equilibrio contrarrevolucionario real. Checoslovaquia es así un hecho típico y nada gratuito. En fin, digamos que el comportamiento de estos partidos ha garantizado una estabilidad de la situación y un control de la capacidad orgánica revolucionaria en las organizaciones de masa: con la alternativa, dicho control deja de ser, al menos, total. Las crisis ciertas que en este sentido vienen produciéndose en el interior de las democracias occidentales, las mismas divisiones internas, más o menos amplias, que aparecen en países socialistas, los movimientos «espontáneos» que contestan la legitimidad representativa o, al menos, la capacidad crítica de los dirigentes, son de los canales clásicos y, por lo mismo, su represión, cuanto el sentido global de las nuevas tácticas de transformación socioeconómica.

II.III.

Es decir, lo definitorio de las nuevas tácticas descansa en la implicación necesaria del sistema en su totalidad: ya se ha comprobado la capacidad asimilativa del capitalismo, pero su extensión misma, la dependencia de esta extensión, por mejor decir, hace que cualquier movimiento de oposición repercuta en sus efectos a dimensiones de totalidad. El conflicto básico sigue siendo el de las clases que se definen por su posición en la subestructura económica, pero no olvidemos que la eficiencia misma del sistema productivo, su ley inexorable, tiende a polarizar una cantidad mayor de recursos humanos en el polo de la producción de plusvalía. A despecho de nociones ilusorias como las de la movilidad social, la tendencia cada vez más creciente al ingreso en las clases medias, el desarrollo de las tecnocracias, la desaparición de los capitalistas típicos y, con ellos, la explotación, etc., lo que realmente se produce, en *las sociedades de la abundancia*, es una efectiva proletarización de un número cada vez superior de individuos e, incluso, de profesiones. La instrumentalización pragmática del individuo tiene entonces que desembocar en situaciones nada ambiguas: o en la conciencia de clase (con las repercusiones prácticas que ello pueda tener) o en la alienación que se traduce como insatisfacción, angustia, sentido de infravaloración, desesperación ante el abismo entre opciones ideales y realizaciones prácticas. Piénsese, por ejemplo, en el conflicto que puede desencadenar la valoración ideológica de algunas profesiones (un caso ejemplar: el profesor. Véase el apartado II del folleto) y su estatus real, su «operatividad» «autoformativa» cultural.

II.IV.

Sin embargo, la marginación ¿no tiene que ver con el desarrollo del Estado «padre» y con la misma participación, cada vez más creciente, de los trabajadores del país dominante en beneficios?.

II.V.

Sin embargo, la aparición del Estado «padre», ¿no influye negativamente sobre las tendencias renovadoras de la clase trabajadora, al participar ésta de los beneficios de la explotación de las poblaciones colonizadas? Y aún más, ¿en qué medida la marginalidad

institucionalizada no es un progreso? Como se sabe, las preguntas tienen una larga tradición, entroncada con el problema clásico o de no considerar el cómo de la producción de la riqueza, más que su distribución, o el de ver en la enfermedad una dimensión exclusivamente orgánica y no un problema de disfunción entre personalidad y situación. La primera pregunta se plantea como refutación de la tesis marxista de que el capitalismo habría de ser derrocado por el proletariado de las naciones industriales más avanzadas. La segunda, se refiere al problema de un cambio de signo en la naturaleza del sistema. Encuentro, sin embargo, que hay un aspecto común en las dos preguntas: las mayores ventajas del proletariado de la nación dominante se resuelven tanto en la accesibilidad a un nivel de superior consumo cuanto al derecho de disfrute de todos esos servicios (seguro de enfermedad, de desempleo, de vejez, de vacaciones) que configuran la Asistencia Social). Está claro que el colonialismo evita formas de presión innecesarias sobre la población de la metrópoli y, en este sentido Marx o Dobb no han tenido inconveniente (aunque el primero sólo podía referirse a un tipo de problemas no exactamente coincidentes con los que aquí tratamos) en reconocerlo: la aristocracia del trabajo, los pequeños comerciantes, los obreros independientes, artesanos, los empleados y funcionarios del Estado viven mejor... aunque sea parasitariamente. Como vive mejor el puertorriqueño de Nueva York, aunque viva hacinado, que su hermano de origen. Pero el problema no es ese: porque se vive no absolutamente, sino por relación a una sociedad determinada, a un tiempo determinado, a una totalidad personal determinada. El consumo es, a su vez, relativo y nunca puede establecerse en términos absolutos, aunque sólo sea porque cuenta también la calidad de la vida que se vive. Que un hombre esté en la media estadística del consumo, no quiere decir que viva la mejor vida ni que necesariamente haya de convertirse en cómplice de expolio universal. El consumo medio no nos dice nada de las condiciones de habitabilidad de la casa que habita ese consumidor medio (no nos dice, pues, nada de su medio familiar, del proceso educativo a que ha estado sometido, de sus relaciones con sus hijos, de su manera de amar, de su utilización del tiempo libre...), del grado de adecuación entre expectativas y realidades, etc., etc. Pero, además, es que hay que plantearse interrogantes que cuestionan de raíz una solución simple: el cine nos ofrece el panorama de naciones adelantadas en que el autoritarismo, el soborno, la manipulación informativa, la violencia, la agresividad son constantes en los niveles más escondidos de la vida cotidiana. Esa búsqueda ciega y desatentada de la «nueva moralidad americana», la ética del play boy, los matrimonios compartidos, el ménage á trois, la industrialización de las necesidades, ¿no está proclamado el más terrible de los vacíos colectivos existenciales?

II.VI.

Vengamos al problema de la Asistencia Social. El consumo medio estadístico no resuelve los problemas de la «inseguridad de la existencia» de que hablaba Mandel. Primero, está el hecho indiscutible de que la existencia de un subproletariado colonizado es una amenaza real y constante para el proletariado más avanzado de la nación dominante. La Ford, ante las dificultades que le supone enfrentarse con una reivindicación organizada en su fábrica de Londres, no tiene reparos en afirmar el cierre de las instalaciones inglesas y su traslado a zonas europeas de nivel de vida inferior. No hay tal «padre» sino una larga lucha en la que se han ido concretando mejoras que no son otra cosa que humanización de las condiciones de producción, mejoras siempre arrancadas en condiciones de lucha. El nivel standard de consumo no asegura la continuidad en el empleo ni la validez ni la salud. Frente a la caridad privada o de instituciones religiosas, se exige la responsabilidad social. Pero los logros ni cubren todos los supuestos ni (lo que es más importante) aseguran contra el deterioro de la

dignidad del acogido a los distintos servicios de la Asistencia Social. Y ni aún así es todo altruismo: las cajas sindicales representan enormes cantidades de capital líquido que cumplen una función social. Se le llama salario «diferido», pero el Estado obtiene de él importantes préstamos cuyo destino alcanza a la producción de bienes y servicios de utilidad general. No hay tal paternal solicitud: porque allí la explotación adopta formas distintas «por principio». Se puede decir que los ingresos obtenidos de los salarios en concepto de primas de Asistencia Social es el único impuesto real y efectivo que contribuye a una efectiva distribución social del producto nacional... del trabajo. Y digo efectiva distribución, porque, con todos sus inconvenientes, es la única manifestación tangible de solidaridad social que tiene a su disposición la clase trabajadora. Todas las tentativas de la reforma fiscal ceden ante este hecho, que, por otra parte, no carece de importancia en el mismo sostenimiento del modo de producción capitalista. En efecto, la Asistencia Social tiene, con su seguro de desempleo, un medio de amortiguación de las crisis: sin ese seguro, el colapso en una rama de la industria y su secuela de hombres en paro repercutiría inmediatamente en todas las demás ramas de la producción, por el efecto de atenuación del consumo, acumulación de stocks, nuevos despidos y todas las retantes fases del ciclo. Mandel ha descrito estas recesiones en su «Tratado» y mostrado cómo los recursos de la Asistencia Social junto con el presupuesto de inversiones militares son los dos puntales en los que se apoya el principio de efectos anticíclicos, para detener, en la medida de lo posible, el proceso de desgaste continuado que son las crisis. La Asistencia Social, con su seguro de desempleo, asegura una mínima repercusión en el sector bienes de consumo; los gastos militares, por su parte, aseguran la caída mínima de los bienes de equipo. Vemos, pues, cómo la institucionalidad asistencial se sitúa en una línea de horizonte más real que la que pretenden las teorías del Estado «padre».

II.VII

El deterioro personal, decía hace un momento, que no es eliminado por el origen social de las instituciones: pero es que de nuevo se impone el giro dialéctico, pues de lo que se trata es ahora de su utilización. El deterioro es innegable para todo el que conozca un asilo, un manicomio, un preventorio de menores, una cárcel. Parece como si la única misión que cupiera a estas instituciones fuera o la de la simple supervivencia vegetativa o la punitiva. Pero la institución es reflejo de una situación social: hagamos todos los repastos de nuestras experiencias, asumamos nuestras responsabilidades y no tendremos otro recurso que el de la sinceridad para confesar o nuestro desprecio ciego y agresivo contra el delincuente o nuestro cansancio frente al anciano o nuestra indefensión ante el enfermo. Ved desde otro ángulo el problema: aplicamos al joven la medida de un supuesto correcto hacer, comportarse, conducirse, ser. Pero, ¿quién es? Perdonadme: su localización, el ambiente que ha tenido, los medios de que ha dispuesto, las oportunidades para reflejar lo que se supone «debe ser», la adecuación de este «debe ser» a sus aptitudes y cualidades, el «es» de la calle, el barrio, la escuela, ¿coinciden? Si se ha operativizado a un hombre hasta que no es capaz de hacer otra cosa, si a ese hombre no le es dado hacer ese algo que «puede» hacer, ¿es extraña su actitud general de desconcierto? El deterioro personal es como la consecuencia de la pérdida de lo único que nos hace significativo al hombre: su capacidad productiva. Ni el viejo ni el delincuente juvenil ni el enfermo ni el «loco» producen, son, pues, nada. Entonces, se impone volver atrás, buscar la génesis de la habitud para unos comportamientos, indagar los medios por los que se adopta o se impone un algo que llamamos «personalidad». Algo problematizado ya. Ortega (v, os lo confieso, no es que me importe demasiado) decía, a propósito de la Introducción a la Ciencia de la Historia de Dilthey, que Historia

y Sociedad estaban en línea a las relaciones entre texto y escenario: la Sociedad era el escenario donde los actores jugaban los papeles, los personales o carácter, que la Historia posibilitaba. Personalidad, en su uso más común, es el sello que integra los actos y los productos de una vida en una totalidad, lo que los hace irrepetibles. Personalidad y personaje. ¿Qué relación establecer entre ellos?

II.VIII.

Cuando nace un niño y lo aceptamos lo disponemos en la vida cotidiana para que llegue a ejercerse como sujeto de práctica específica y particularizada. Esto es. lo disponemos, quiero decir, le ponemos en disposición de que adquiera las actitudes y aptitudes que lo hagan hombre, de una época, de una sociedad, de una clase y que lo hagan hombre a través de una práctica que se desarrolle sobre un conjunto de experiencias particulares. Práctica que no da sentido a la individualidad si no es por su referencia a la especificidad. A. Heller lo ha dicho muy bien cuando ha afirmado que la actividad es personal si es primeramente práctica humana, si es después práctica humana asumida individualmente, es decir. asumida a nivel de sujeto. Esto ni más ni menos significa la reproducción, por seguir utilizando el vocabulario de la Haller, de una forma de vida humana actualmente válida como condición esencial para poder producir una vida personal. Lo previo son los presupuestos que hacen posible una vida humana. para inmediatamente recaer sobre la acción que la realice prácticamente. Y lo que decía antes de que no basta el consumo medio estadísticamente determinado para configurar una vida personal, sigue siendo aquí apelación a una reivindicación ética, esto es, a una recusación efectiva de la alienación. Y esto es recobrar, recuperar la totalidad de instancias que fundan la estructura social y, subsidiariamente, la estructura de la praxis individual. La estructura que es conjunción, articulación entre sujeto y objeto, que no se resuelve en ninguno de los dos polos, porque es producción de algo, a partir de algo y sobre algo. Hay alienación en una intimación tal que queden bloqueadas todas las salidas de comunicación, que se cieguen todos los canales de recepción de información: pero, así mismo, la hay en una excentricidad tal que el sujeto se vacía sobre lo exterior. La vida humana es producción, pero producción significativa, que comprende la relatividad del valor y su independencia, sin embargo, de la voluntad individual, que, sigue al valor porque lo «comprende», es decir, porque lo asume responsablemente, en cuanto es guía consciente y vigente en el condecirse del individuo en una realidad compartida. Sé que éstas no son precisiones que puedan servir a un Eysenck o a un Skinner, pero son mis guías prácticas, son mi compromiso libremente asumido ante vosotros, mi responsabilidad y mi «norma» de consciencia. Pienso que el hombre es la historia realizándose, universalidad por su referencia, consciencia, razón que se produce sobre un medio objetivo, compartido, por lo tanto.

II.IX.

No he dicho anteriormente que la caracterización responde a mis necesidades de análisis que son, en este momento, de antropólogo social, con lo que la afirmación de que «historia es el despliegue de la esencia humana» no tiene sentido si no se conexas cultura explícita y cultura implícita, para determinar una personalidad que no es sino una totalidad compleja que abarca dimensiones como son

- a) transmisión institucional de información socialmente válida,
- b) la cultura como procedente de elementos físicos, biológicos,

psicológicos, históricos, característicos

- c) estructuración de todos esos elementos con la realidad otra,
- d) evolución de los modelos,
- e) diferenciación espacial,
- f) expresión de regularidades,
- g) manifestación de la cultura como un instrumento merced al cual el individuo se adapta a su medio y encuentra los recursos para plasmar sus posibilidades creadoras.

Mi anterior catálogo analizaba la situación en términos de sistema. como estructura cultural en la que el antropólogo buscaba las líneas de fuerza de inteligibilidad y eticidad que parece constituyen el equilibrio mismo del sistema. Pero ahora estamos frente a las dos esferas de manifestación o, más concretamente, los diámetros de una esfera ideal: una red de inteligibilidad que sostiene, como un campo gravitatorio, necesidades, disponibilidades reales, bienes y valores. Adorno y compañía hablarían, en este lugar, de las dos dimensiones desde las que es posible el estudio de una entidad social: como conjunto material (Zivilisation) o como sistema de relaciones, mejor dicho, como superestructura configurante y cuyos parámetros son ciencia, técnica, valores y creencias. Datos de conducta y comportamiento... etc., etc. (Kultura). Sin embargo, la involución, el paso atrás supone una actitud positiva que niega lo dado, precisamente por sus posibilidades. Esto es, por la particularidad concreta que al hombre le es impuesto vivir, cuando las posibilidades reales de la especie son tales y no otras, la exigencia ética, «contracultural» es la exigencia de información y transformación que se adecue a las posibilidades de la Zivilisation esta y no otra. La postura, pues no es tanto de oposición gratuita cuanto de proposición positiva y real.

II.X.

Atendiendo a lo anterior llegamos fácilmente a la conclusión de que «cultura» no es nada que se resuelva en una simple Welantschauung, porque es lo determinante para la realización humana en un proceso de interacciones. Cultura es praxis histórica determinada, no meramente funcional, en el sentido de que es capaz de operativizar dimensiones del ser hombre social no simplemente funcional, en el sentido de manipulación ideológica que reduce la riqueza total a un sólo aspecto. Es ideológico el planteamiento que resuelve personalidad en rol y lo es en cuanto es la expresión concreta y efectiva de una minoría que induce e introyecta un conjunto ordenado de valores tendente a perpetuar la situación favorable, política y socialmente, a sus intereses. La sociedad autoritaria (a los efectos de esta ingeniería social y antropológica) tiene este origen: la implantación de mecanismos de regulación económica (Keynes y sus programas), en cuanto fue capaz de establecer un suelo social de relativa estabilidad, fue seguida inmediatamente de proyectos paralelos de condicionamiento psicológico industrial, familiar, social La relativa seguridad pagaba el precio de una despolitización ideológica que se traducía como confianza en el sistema y que tendía a desposeer a cada individuo concreto de sus responsabilidades comunitarias. La rebelión que se plantea contra esta mecanización es repulsa de ritmos de trabajo, es afirmación del derecho de intimidad y responsabilidad, es afirmación de participación concreta en el poder y la gestión. No se trata tanto de rechazo de códigos (ver mi anterior folleto) cuanto de

plantear códigos que atiendan a lo que es esperable en la situación real. La ética no elimina responsabilidad ni da respuestas definitivas de una vez por todas, facilita la elección, pero sólo en la medida en que son actuales sus valores de referencia. La ética (en cuanto se trata del núcleo de integración) no da respuestas, pero fija, en cada momento, el nivel modélico que adquiere el sentido de la historia.

II.XI.

La ética no es, pues, nunca movimiento absoluto: no es algo dogmático, sino espontáneo; es crisis siempre de afirmación; es individual y situacional; es conocimiento y autoreflexión. Si atendemos a las circunstancias concretas de la aparición de ese conglomerado de tendencias que confluyen en la «contracultura», veremos cómo son siempre esos factores los que se reivindican, en el orden de la realización personal. Mailer hablaba de una sociedad reducida a la esquizofrenia. Si atendemos al hecho de que el imperialismo significa un tráfico continuo de influencias centrífugas y un movimiento centrípeta de acumulación de excedentes, centraremos la requisitoria. El mundo es el escenario de totalitarismos que se combaten y cuya finalidad es reducirlo todo a la unidimensionalidad economicista. Hay creación desigual de la riqueza objetiva (a todos sus niveles) y reparto más desigual. El concepto es siempre el de concentración: de capitales, de talentos, de desigualdades, de injusticias. La producción se convierte en un fin en sí misma: la automatización obliga a que se conviertan nuestros pensamientos y actos en actividades prefabricadas. La abundancia ni es ordenada ni es distribuida con equidad. Los resortes más importantes de la vida en común nos son arrebatados y el poder se ejerce arbitraria anónimamente. Riesmann decía que el conformismo impuesto por los mecanismos burocráticos enmascaraba una situación de atropello de costumbres y mentalidades. Cambia el individuo y la conciencia que tiene de sí mismo, las relaciones que mantiene con los demás, el arreglo de su voluntad, el orden de coexistir, el respeto propio como derivado del respeto que tenemos a los demás. El progreso científico se degrada en sus aplicaciones; sólo queda conformismo, operacionismo. Más que sobre la integridad se insiste sobre la capacidad profesional, sobre las capacidades de ofrecerse en producto: cuenta la lealtad no personal, sino al rol y al patrono que nos ofrece el rol. La persuasión clandestina (la publicidad bajo todas sus formas), el control de las motivaciones: esta sociedad que se cree personal no es otra cosa que un campo insospechado de presiones, constituido por una plebe a la vez precaria y solitaria, dirigida a golpes de estímulos por una clase clandestina y anónima. Decía Touraine: «Nuestra sociedad es una sociedad de alienación, no porque reduce a la miseria o porque impone coacciones policíacas, sino además porque seduce, manipula e íntegra». El hombre en ella queda reducido a ocupaciones fragmentarias de las que Friedman decía que «la variedad, la iniciativa la participación en su conjunto, incluso la significación quedan excluidas». El hombre no sólo ha de vender su único patrimonio, su fuerza de trabajo, sino además venderla para un tipo de actividad en el que no tiene ocasión de adquirir y demostrar una personalidad. En todos los sectores de la vida, queda forzado a renunciar a toda actividad autónoma, a abdicar absolutamente de trascendencia ética de su obrar. Supuesta la publicidad, supuesto el discurso clandestino ideológico, el control de las motivaciones y la introyección coactiva de consignas, la sociedad de la opulencia presenta una nueva contradicción: el hombre no puede desarrollar necesidades humanas, trabaja más todavía para satisfacer pseudonecesidades impuestas por el sistema industrial o que pertenece y tiene un ocio variado de toda determinación responsable. El individuo es manipulado desde todas las dimensiones, pues la publicidad permite modelar las necesidades y, por lo mismo, constituir el tipo particular de hombre. Frente a todo ello, pues, la contrapropuesta: una actividad responsable, creadora de realidad, en el

sentido de que la praxis es actividad formadora y reflectante.

ALTERNATIVAS HISTORICAS, MODELOS. CIENCIA

III.0.

La praxis humana hunde sus raíces en la historia. Hablar de Nueva Izquierda es como hablar de todo y de nada en concreto, puesto que podemos referirnos con esa expresión o a los movimientos de reivindicación de los derechos democráticos de expresión, efectuada por los primitivos grupos de Berkeley, o al intento fallido chileno o la Gran Revolución Cultural proletaria china del 67 y años posteriores o a la concentración de tendencias que da origen al Mayo 68 francés. Lo común a todos ellos es el rechazo de una situación existente: lo que los define y enfrenta por especificación es la posesión o no de un proyecto político. La particularidad de las situaciones es también diferente: no es lo mismo combatir por el pan que por libertad de palabra (aunque puedan referirse ambas exigencias a un mismo punto nodal de rechazo), no es lo mismo oponerse a una tecnocracia difusa que a B52. Como hemos visto en otra ocasión, si cabe hablar de influencias específicas de coincidencia en torno a unos mínimos programas de eliminación. Con todo, y si adelanto unos nombres tan dispares, se me consentirá una cierta dosis de prevención: Gorz, Mandel, Dobb, Baran, Sweezy pueden tener, junto con Marcuse, Wright Mills, Althusser, Lefebvre. etc., una cierta coincidencia: pero hablar de ella a propósito de opciones concretas, como las ofrecidas por un Castro, un Che, Mao, Fanon..., fuera de la conexión con las determinaciones más concretas, con la introducción posterior de especificaciones que aluden a la distinta complejidad de los territorios nacionales a que se quieren aplicar. Estas determinaciones giran siempre en torno al problema o instancia dominante: el económico, porque desvelando éste queda como más de manifiesto la adulteración ideológica que encubre. En esquema estos puntos serían

- a) naturaleza del imperialismo,
- b) teorías sobre la distribución de la riqueza y el aprovechamiento de los recursos,
- c) teorías del valor,
- d) calidad de vida,
- e) alternativas al capitalismo,
- f) las luchas contra el colonialismo,
- g) papel central de la instancia política.

III.I.

De todo lo anterior, se desprende que los problemas que puede y de hecho plantea la «contracultura» adquieren distintas significaciones o juegan en distintos planos dentro de una misma supuesta esfera ideal. Si por mi parte hay una incidencia sobre el nivel ético, ello me viene impuesto por la temática que vamos a desarrollar en este Ciclo, pero también porque la referencia ética es algo que, en planteamientos similares al mío, suele

olvidarse y perderse. He querido mostraros ciertos factores que confluyen y configuran un fenómeno que es la marginalidad, concretamente entendida como problema de discordia entre recursos personales y situaciones sociales. Pero no cabe la menor duda de que los problemas se localizan sociogeográficamente y se ordenan en función de su mayor o menor radicalidad. Globalmente, el desajuste ya he dicho que es «alienación» o, como concepto más radical, pero también menos específico, «negatividad». La contradicción alienación es predominante, cuando se considera al hombre como sistema energético de recepción-comunicación social. Si habláramos a metafísicos, no cabe la menor duda de que tendría cierto sentido decir como Sartre o Laing que la negatividad es el fundamento de todo ser. Hegel diría que la negatividad es la enfermedad cósmica del ser. Pero aquí nada de eso nos importa, sino la alienación, la enfermedad como disturbios sociopatógenos. Si aceptamos que la alienación se produce en el espacio sociohistórico en el que el hombre vive, trabaja, piensa, siente y si es cierto que esa alienación es producida por el marco de existencia en el que aquél ha de desarrollarse, no cabe la menor duda de que estamos asistiendo al proceso de una negatividad evitable. El marco de existencia es lo que el Hombre se da para ser hombre: si este marco se vuelve contra él todavía tendremos que preguntarnos si ello es así necesariamente (Freud y Cia.) o si ocurre por una inversión «decidida» y localizable (Marx). O es alienante por necesidad o lo es por accidente. Las dificultades aparecen en este punto: discutir puede suponer caer en la institución preventivo-punitiva, porque se está en riesgo de ser o un revolucionario o un impotente fracasado o un psicótico. Con todo, nada nos hace cambiar nuestra convicción: la neurosis, la impotencia son algos de tremenda efectividad y los agentes que lo producen (la explotación y el miedo y la negativa) se descubren tan pronto nos tomemos el trabajo de indagar detrás de los velos de la «administración anónima». La alienación es así lo que, envuelto en la organización real, nos transforma en deshechos, en desahuciados, en cosas. Y nuestra alienación, por lo mismo, es todavía más sangrante que la sufrida por el proletariado de comienzos del industrialismo: es total. La guerra lo domina todo y el igualitarismo se pretende como el logro definitivo de esta sociedad industrial: pero no han desaparecido las clases y su lucha se plantea en niveles de progresiva radicalización. Alienación, así, es negatividad respecto a poder ser. Freud volvería a intervenir: la civilización se paga a golpes de reducción de satisfacciones libidinosas: el principio de realidad se «traga» al de placer (lo coarta), lo que es causa de un desgarramiento «sufrido» en la totalidad personal. La economía biológica y vital queda trastornada en aras de la sociabilidad: transido por la lucha entre ello y superyo, el yo se escinde en modalidades que van desde el simple conflicto a la destructura total. La negatividad se instalaría, pues, en el intercambio que, para Freud, fundamentalmente es de intersubjetividad. Marcuse corrige la propuesta: la negatividad es sólo cuestión de pobreza y de escasez. La negatividad de nuevo se concreta.

III.II.

Como he tenido varias ocasiones de decir, cultura, sociedad y personalidad son conceptos que recíprocamente se valoran y completan entre sí. Dada una división clasista determinada en la sociedad por respecto al proceso productivo total, cultura es lo determinado por un estado histórico dado de los recursos y fuerzas de dominio de la naturaleza, pero es también lo manipulable por la clase poseedora y en el poder. Política e ideológicamente hay una utilización y una segregación específica de cultura para las clases determinadas y no dominantes. No es sólo el desarrollo de ideología, en su sentido peyorativo, lo que asegura control, es también la misma utilización de las funciones aparentemente más neutras de la actividad social: es colonizado culturalmente el peón, pero no lo es menos el científico que se instala en la aparente neutralidad del «hacer

ciencia». Sigue valiendo, por supuesto, la caracterización que en otro momento he hecho: cultura, antropológicamente hablando, se opone a naturaleza y engloba cuanto se aparta del comportamiento innato; se refiere no a lo instintivo, sino a lo que hay de organización, de estructuración de programación social en la conducta; la cultura, pues, se define como lo que está provisto de sentido o significación, lo que es susceptible de dar, por su ejercicio directo o indirecto, significación y sentido. Es el sistema de todas las funciones de semantización social y particular. Cultura es así lo que organiza, a nivel humano u objetivo, la naturaleza, lo que la forma «informativamente», por lo mismo, lo que es capaz de organizar comunicativa y prácticamente el plasma vivencial existencial. Como sistema dialéctico que es, la cultura va desde un saber y un hacer instituidos a una producción constituyente: es o sistema de prácticas o posibilitador de praxis. Pero, precisamente, en cuanto instituido no depende de nada, abstracto, sino de algos muy concretos. Psicológicamente, la cultura se hace personalidad y se presenta como sistema de esquemas (Wallon, Piaget, Bassin), de auténticos patterns interiorizados que determinan y orientan la percepción, los sentimientos de la sensibilidad; es decir, se trata de un sistema dialéctico de integración, que instituye al yo como charnela entre lo interior y lo exterior, como haz de esquemas operante, orientador, estructurante. Sociológicamente, cultura es lo organizado y lo organizante, lo producido, pero lo que permite producir: el dominio (de clase) de los medios y la organización de la producción colectivamente significativa. Más como la posesión de los medios productivos se determina hegemoníamente en el resto de las instancias que integran la estructura social, se desprende que políticamente es la posición imperativa que, al controlar las instituciones de educación, los centros de formación y los campos de aplicación, (recuérdese la cantidad ingente de capital que hay que movilizar para poner en marcha un proyecto), así como de las fuentes de información, canaliza hacia las clases dominadas el modelo cultural apropiado al mantenimiento de sus intereses. Porque no debemos olvidar que la cultura es un complejo proceso de condicionamiento y aprendizaje que se desarrolla en paralelo a su ejercerse sobre un ámbito social: supuesto que no se puede impedir todo tipo de impregnación cultural, hasta que desaparezca el campo de aplicación, que nos sea arrebatado, para que no haya posibilidad de producción significativamente social (el intelectual, el obrero, el capitalista precisan de técnicas, conocimientos e instrumentos; pero no precisan menos de ámbitos de aplicación de esas técnicas productivas). Y esta puede ser otra manera de hablar de marginalidad. Marginado no sería entonces sólo el incapaz, sino también el desposeído, el que no tiene «lugar» de trabajo donde ejercer lo que sabe.

III.III.

En la inconsciencia de las circunstancias que rodean los procesos productivos, tenemos una nueva fuente de alienación. Es curioso que sea el intelectual el que es más proclive a esta inconsciencia: desconocen a menudo los mecanismos de su producción, que atribuyen a la espontaneidad, el talento y cien otras entidades igualmente abstractas y fantasmagóricas. Se comprueba en la misma naturaleza de su rebeldía: productor involuntario, clase desclasada en cuanto a sus principios intelectuales, por sus raíces está adscrita a la burguesía, no obstante lo cual es también explotada por ella. Busca enraizarse, pero frecuentemente sus escrúpulos pequeño-burgueses le llevan a la utopía actual de buscar (sin más, sin proceso de transición) una sociedad sin clase, en la que su liberación, inconsecuentemente, sería el principio mismo de su relevancia. Pero la mayor parte de las veces el movimiento fracasa, pues no se es capaz de asumir críticamente el sentido de la propia praxis y, por lo mismo, de superar el desclasamiento de operación. En ese sentido, también la intelligentsia es una clase, mejor, el estrato de una clase,

alienada, heterónoma, incierta siempre por relación a las dos clases fundamentales. Y en ese sentido también, la pretensión redentora que desde Platón a Manheim ha sido una constante en la historia, es falsa, irrealizable, absurda. Por inconsciencia e ignorancia, la intelligentsia (secretora de conocimientos) se piensa superior y no atada por compromisos de clase; ni atiende a su origen (origen que, por las reales circunstancias de acceso a todos los niveles de educación, es social) ni a su función actual, como tal intelligentsia. Pero, en realidad, está también ella doblemente condicionada y alienada: depende económicamente, pero también depende en lo que se refiere a la difusión de su producción y, muchas veces, y sobre todo en el terreno científico, al contenido mismo de sus conocimientos (becas, proyectos de investigación, acceso a los laboratorios, etc., etc.). No hay línea separadora entre producción y creación, puesto que tampoco la intelligentsia es dueña de sus instrumentos de producción y difusión. Por ello o sirve y es afortunada cuando puede instalarse en la mala fe de conciencia de la «ciencia pura» o se debate, muy a menudo, en una contradicción desgarradora. El intelectual de la «ciencia pura» es utilizado en los programas más repugnantes de destrucción humana; cuando no, el intelectual, como sociólogo, psicólogo, pedagogo, psiquiatra, será consagrado a labores de policía, como la prevención, la custodia o la punición. En tanto guardián, no tiene derecho ni a cuestionar él mismo el orden existente ni a consentir que los demás lo haga. Entonces, esta utilización efectiva del intelectual conduce al absurdo de legitimación de la irracionalidad. El intelectual integrado se refugia en un vago humanitarismo y en un acendrado individualismo: su misión consistirá simplemente en describir, curar, acoplar. No buscará el foco ni se planteará «dudas razonables», porque, en último término, se justificará con su impotencia frente a lo que él, él, no puede cambiar, modificar. Puede tratarse del tipo clásico individualmente honrado y pondrá todo su esfuerzo en remediar situaciones individuales, acaso en progresar profesionalmente, en no explotar él, individualmente. Si se trata de un individuo no honrado, entrará al mayor porcentaje que se pueda obtener y «puesto que las cosas son así». Si se trata de actuaciones progresistas, generalmente la meta es un libertarismo difuso: se enfatizará la esclerotización de los códigos vigentes, habrá ésta o aquella reacción contra tales contenidos concretos impuestos, pero no se producirá el movimiento crítico, como recuperación efectiva de los medios de producción y difusión, de una parte, y, de otra, de la naturaleza misma del papel jugado con la colaboración. En las condiciones presentes, la renovación parcial del código no es garantía suficiente de reflexión comprometida, de despegue de las misiones concretas de guardián, corrector o trasmisor de la alienación. La conciencia de la propia práctica, penetrar las razones de la marginación en nuestro tiempo y buscar la instancia superadora de la negatividad racional en posiciones auténticamente revolucionarias, es lo único liberador que se puede hacer.

III.IV.

La intelligentsia segrega cultura, vale decir pautas, necesidades, satisfacciones, comportamientos y conductas: en cuanto a esto, es formadora. Pero es reproductora, cuando su actividad se integra en los mecanismos de recuperación y tratamiento terapéutico del desadaptado a la situación: cuando ésta no es cuestionada, el conocimiento se presta a una manipulación inmediata, pues se trata ya de diluir los posos insatisfechos (y todavía no críticos, ya que en este caso nada puede hacer el ideólogo que es el sociólogo, el psicólogo y el psiquiatra) de desconfianza, por parte de desadaptado, en el orden establecido. Y que conste que no utilizo desprevenidamente el calificativo de «ideólogos» por referencia a esos profesionales: la ideología es el falseamiento de una relación con la realidad. Y esas prácticas profesionales a que he hecho alusión tienen que

ver con el encubrimiento o desvelamiento de las relaciones del sujeto con la realidad: sin ninguna resonancia metafórica, puede decirse que una práctica crítica profesional tiene que ver con la explicitación y explicación de los modos de relación que se viven de un modo inconsciente. En nuestra sociedad tecnoburocrática hay siempre necesidades que fuerzan el carácter inconsciente de esas pautas: diríamos que es el momento en que la cultura (sometida a las exigencias de una industria) tiene tanta más necesidad de originalidad, de renovación, de manifestación subjetiva e idealista de libertad, cuanto más potentes son los mecanismos y las fuerzas a las que interesa un mecanicismo conformista. Es así como la intelligentsia traiciona otra de sus características esenciales: en cuanto no hay contribución efectiva al desarrollo de la libertad, la función productora de conocimiento y técnicas de control se dobla con una producción mitógena. El objetivo es la integración y la integración no discutida. Sometida a principios de equilibración y desequilibración, de estructura y cambio, de reproducción y creación, la cultura posee su función humana cuando la renovación del valor es algo incidente sobre la transformación social y personal. El fetichismo cede entonces su lugar a la reivindicación consciente y responsable: se trata del no extrañamiento ante producciones que son del Hombre y que se realizan en el dominio cotidiano del hombre. Por respecto a esto, la crítica y la renovación no tiene sentido en un formalismo renovador de élite: la crítica integrada se hace aséptica, deja su naturaleza. Anomia y radicalidad son, por tanto, dimensiones distintas de un único proceso en el que el estrato intelectual se divide contradictoriamente. La integración se realiza, pero es a costa del elitismo y las funciones alienantes del Conocimiento. Algo se pretende cuando se establecen los planes de «política cultural», algo que elimine a neutralización; pero sabemos por experiencia que la expresión necesariamente se resuelve en uno de sus términos «Cultura» como dirigismo o «política» que no tiene que ver con el sueño, la metafísica o la magia. Ante la lucha encubierta o descubierta sólo cabe la posición contra los opresores-desposeedores, por objetivos precisos de eliminación de la alienación. Contracultura, pues, como recuperación.

III.V.

Para que posea, pues, un valor renovador, la crisis de la intelligentsia ha de situarse en un plano sociopolítico de opción. No basta con reconocer la frustración, pues además se impone reconocer su origen. No se trata de servir a una ideología, sino de consagrarse al servicio de la renovación (= creación) de la verdad. La cultura, como haz o sistema de modelos operativos, no es lo que presenta, sino también lo que posibilita y enmascara. Esto es lo que lleva a la obligación de precisar los varios sentidos de «contracultura». Podemos verlo de manera muy breve y antes de que veamos qué sucede en dos movimientos concretos y en la crisis actual de los científicos.

- a) Supuesto un sistema histórico-social que se polariza sobre dos clases fundamentales y cuyas leyes de existencia se establecen sobre la referencia al poder efectivo económico, político e ideológico (propiedad y posibilidad de acceso directo o indirecto a los órganos de poder y gestión socialmente relevantes), la contracultura, a dimensiones elitistas, no es sino problema de matices individuales: no se contesta ni la racionalidad ni la orientación general ni la fuente de legitimación del poder. Se contesta o las dominancias productivas coyunturales o los individuos-símbolo que ostentan el carisma de la legitimación. Si bien, el individuo-símbolo es fácilmente reemplazable, no hay duda en cuanto a la necesidad de permanencia del sistema y a su continuidad. Se supone que la estructura reposa sobre bases racionales y

éticas fuera y por encima de toda discusión, con lo que la tarea a desarrollar, desde la clase en el poder, es la conservación del equilibrio, manifestada en la tendencia constante a la acumulación. La corriente ideológica se manifiesta en el perfeccionismo: el modelo es inmutable, dado en el pasado y definitivamente estable; la más mínima variación no hará sino expresar la nostalgia de un regreso (no económico) a las situaciones primitivas; el individuo aparece como censor, moralista, guardián de las costumbres etc. (Catón y Séneca con Rockefeller en una misma pieza).

- b) El mismo sistema: la propuesta siguiente sigue sin afectarle en esencia, pues recae exclusivamente sobre las capas más superficiales de las relaciones sociales. No se contesta lo objetivo: el sistema es, en los actuales momentos, inmejorable y sólo se da la insistencia para recuperar los valores del propio sistema en las relaciones particularizadas de la cotidianidad. Si la actitud precedente encarna la defensa de los propios valores, aquí lo que se evidencia es una impregnación ideológica esquemática, por dependencia de intereses. Hay acuerdo sobre el paradigma personal segregado por el sistema (play boy, burócrata, pequeño negociante, chupatintas), pero se insiste sobre la necesidad de extender más principios tales como los de movilidad social, reconocimiento social, reconocimiento de capacidades profesionales, premio a la lealtad, etc. En el fondo, dada la exasperación con que se proclama la «uniformación» y «permanencia en orden» productora, vestimentaria y de costumbres, se está proclamando la inestabilidad de status, la identificación del yo al rol asumido, el temor al cambio, la permanente tensión del futuro. El conflicto es siempre agresión localizada e inmediatamente reprimida, tan pronto se produce una llamada al orden. La satisfacción libidinosa es hipócrita y estructuralmente insuficiente.
- c) El mismo sistema y nuevas clases, Habría que intentar aquí unas precisiones que desbordan nuestros propósitos (ver Poulantzas y también Ossonsky). Soportan el esfuerzo del poder estas clases, pero no su «sentido»; la impregnación de adhesión a los valores es ya más débil, pero más honda la repercusión entre el desajuste de éstos y su operatividad en los conflictos diarios. Familia, personalidad, adecuación ofrecen mayores problemas, ya que es la realidad productora la contrastante inmediata. Están más cercanas las tendencias reprimidas, aunque el desajuste haya de vivirse desde carencias de base. Toda la racionalidad se desploma a este nivel, por lo que cualquier propuesta de reforma necesariamente ha de ser integral.

III.VI.

Por supuesto reconozco la tendenciosidad del esquematismo, pero pienso que no obsta al planteamiento correcto de nuestra pregunta. Si hemos de ser sinceros, tenemos que proclamar que sólo la tercera alternativa es total, quiero decir, la alternativa «contracultural» que se pueda proponer. Si atiendo a ello, entonces encuentro que los movimientos de 1844, 1871, 1905, 1917, 1949, 1959, 1967 son los únicos movimientos que se han propuesto en profundidad, después de la Revolución Francesa. Si consideramos Argel, Palestina. Laos y Viet Nam, Chile, Bolivia, Guatemala... y pocos más, entonces no puede haber la más mínima duda de que se trata de conmociones que afectan a la totalidad (con independencia de lo que pueda ocurrir posteriormente, en el proceso de consolidación y establecimiento de la revolución: México es, hasta de manera

ridícula, un ejemplo de lo que sugiero). Lo que ocurre, a continuación, es quizás la distinta naturaleza o, mejor dicho, el distinto nivel a que debe situarse la contestación revolucionaria: un sistema imperialista supone un conjunto de países y nacionalidades interactuando de manera diversa con las naciones dominantes. Esta interacción diversa es consecuencia del distinto grado de desarrollo histórico y social, por lo tanto, se dan diversos grados de organización, concienciación y objetivos de lucha concreta. Acceder a un plano de vida humana no es la misma pretensión de combatir la cibernización de la vida. En nuestro mundo, las categorías económicas no impiden la necesidad de una lucha por la calidad de vida, en cuanto crítica de una cultura que ha suprimido toda la vida afectiva, que ha reprimido la dinámica misma del deseo. La lucha contra la sociedad patriarcal se refleja, a su vez, en los problemas de una institución familiar de día en día más deteriorada. Este es el sentido de procesos tan complejos como los emprendidos por intelectuales como Reich, Bernfeld, Fromm, Marcuse, Adorno, etc., etc. Porque, por atención a esa red de complejidad creciente, es por lo que el sociólogo, el psicólogo y el psiquiatra tratan de establecer el paralelo que media entre pobreza y miseria económicas y el desarrollo de la personalidad autoritaria, de la agresividad, de las mediaciones represivas de la «tonalidad» efectiva. El «malestar de la cultura» se hace así concreto y el presunto conflicto generacional se transforma en hechos tan concretos como son la subversión moral, sexual y expresiva. Ante esto, sólo cabe decir que estamos ante un momento definitivo de la historia humana: la reivindicación económica va por primera vez, de una manera explícita, unida a la pretensión de transformar nuestros modos de relación más inmediatos.

III.VII.

¿Apología? No, se trata de algo más simple: de constatar con los medios que están a mi alcance unos hechos. No voy a caer o en el triunfalismo anarquista o en la indiferencia condena del marxismo oficial y ortodoxo. Estoy hablando de un intento de liquidación de un mundo y de una cultura arruinadas: y hablo de ello sin reducirme (pero sin despreciarlo) a unas manifestaciones expresivas determinadas y a una serie de factores objetivos desencadenantes. Se trata de un intento consciente de eliminar el reduccionismo economicista: se trata de establecer una conciencia que busca su programa teórico para su conciencia práctica. Hablar de insatisfacciones, de represiones, hablar de ideología sexual, de familiar y de Estado no es dejarse encerrar en los marcos de un psicoanálisis contemporizador. Que el psicoanálisis sea una forma de terapia válida en la cultura occidental, que, a menudo, sea un instrumento de integración, que haya mucha gente utilizando este instrumento en favor de sus intereses, no elimina el hecho de que el psicoanálisis o la terapia conductista son aplicados cada vez a un mayor número de gente. Si contrariamente al paro o la pobreza se esgrime esta afluencia de gente al psicólogo, psiquiatra o asistente social como manifestativa de la erradicación definitiva de la pobreza física, aún nos queda saber por qué enferma «psicológicamente» la gente, tanta gente.

III.VIII.

Decíamos el año pasado que las formas de expresión musical conectadas con la Nueva Izquierda americana, las formas y su cambio, obedecen antes que a una necesidad estética (y antes también de que sean utilizadas por el mercado) a una serie de variaciones que se inscriben en el campo político-económico. En el curso de estas variaciones se produce un modelo teórico explicativo de las relaciones hombre-naturaleza-sociedad que desembocará en praxis y programas muy efectivos (con

abandono de las formas estético-combatientes, por su facilidad para ser absorbidas por los mecanismos de transformación en mercancías). Se trata de una trayectoria que, desde un difuso sentimiento de malestar aboca a una propuesta de eliminación de las fuerzas represivas y explotadoras. El resumen podría ser el siguiente:

0. 1950, Mccarthy y la guerra de Corea eliminan toda posibilidad de participación en la crítica política: hay el peligro constante a ser considerado como antipatriota. 1956 y la intervención soviética en Hungría acentúan el nacionalismo cultural americano.

La universalidad se hace más conservadora con el ingreso (mediante ley) de ocho millones de veteranos. 1953-54 y 1957-58 son períodos de crisis económicas. Desde 1956 comienzan a producirse tentativas de oposición: luchas en pro de los Derechos Civiles; Beat Generation (1956 publicación de «Howl» de Ginsberg).

En 1953 la bohemia literaria se refugia en S. Francisco. Crítica de la American way of life; del chantaje atómico; influencia de los dadaístas; rechazo de la moral convencional; utilización muy clandestina de la droga. En 1961 la policía consigue acabar al fin con los beat (su timbre de orgullo consistirá en «haber sido los únicos en luchar contra más de 10 años de conformismo y sumisión cultural»).

I. La nueva crisis económica de 1960: aparecen enfrentamientos más radicalizados políticamente hablando; la generación 1940-43 irrumpe con un millón de trabajadores en un medio altamente automatizado. La recesión tiene su punto de crisis en 1961: 5.700.000 parados. La progresión en el aumento del standard de vida incrementa el problema: Kennedy proclama que la vida del sistema está en la educación, peor que faltan escuelas, profesores; al no poder conceder una ayuda el gobierno federal, las capas sociales son las más perjudicadas por este estado de cosas. El Congreso se niega a incrementar el presupuesto. Pero el problema se desboca en cadena: la salida prematura de la escuela arroja más mano de obra al mercado de trabajo; el paro se acrecienta, porque la escolarización insuficiente hace bajar los índices de capacidad profesional. 1963: de los 4.800.000 parados, dos millones son menores de edades entre 14 y 19 años. El porcentaje mayor de esta cifra se lo llevan los negros: más de la mitad de la población negra vive del seguro de desempleo

II. El ghetto va cobrando nuevas dimensiones, al incluir a minorías ya no sólo negras. ¿Solucionará la guerra la crisis? Antes de 1960 en Indochina hay 327 consejeros militares. En 1961 el número es de 685. En 1963 son 16.500 hombres. En 1965 más de 125.000. La tasa del desempleo pasa del 6,7 por ciento en 1961 al 3,9 por ciento en 1965. Los hombres aumentarán hasta cerca de medio millón. El estatuto universitario va a desencadenar el otro tipo de posición: las universidades no son federales, sino estatales y los fondos para su mantenimiento proviene no del estado, sino de la industria privada. Es ésta la que organiza los cursos, la que promueve prioridades, la que dirige los consejos de administración, la que determina la investigación y la que recluta allí sus cuadros de técnicos y dirigentes. La enseñanza, pues, depende de la coyuntura económica de la empresa, por lo que en ella (la universidad) repercuten cualquier tipo de factores de recesión o conflicto. La universalidad es así el modelo reducido de la sociedad, con el orden paradigmático de moral, ideología, relaciones de dependencia, etc. Así se puede comprender el problema del apartheid: si el poder blanco es el que funciona sin ningún tipo de contrapeso democrático, no es de

extrañar que en el interior de la institución se desarrollen los mismos procedimientos de rechazo. Martin Luther King y los sitting, con los modos de sus demostración pacífica, quedan todavía lejos de las tensiones que provocará la idea del Poder Negro: sin embargo, Martin, los hermanos Soledad, Carmichael, etc., son los jalones del desarrollo.

III. La confrontación pacífica y competitiva, hace que el nacionalismo como sinónimo de anticomunismo pierda eficacia en el sector juvenil: la crítica no distingue en qué beneficia la detente si la industria militar sigue teniendo tanta fuerza. En 1961, Kennedy rompe sus relaciones con Cuba y se produce la primera manifestación de oposición que no teme ser llamada «comunista». Esta protesta da origen al S.D.S. (Students for Democratic Society). La enfermedad ideológica hace su aparición: todavía es democrática, pero ya es «antiimperialista». Entre 1962 y 1963 aparece el C.N.D. (Campaigning for Nuclear Disarmament). De 1961 a 1962 y bajo el gobierno Kennedy, el presupuesto de defensa pasa de 850 a 1.200 mil millones. Pero la violencia comienza a ser compartida por blancos y negros. La denuncia de la pobreza es el arma más eficaz de los movimientos estudiantiles. Llegará el momento en que Johnson lo reconozca públicamente. Pero denunciar la pobreza es denunciar/desmitificar los contenidos específicos de la ideología dominante: la democracia basada sobre la igualdad y la abundancia.

IV. Después de las manifestaciones de 1964, el S.N.C.S. rechaza el principio de no violencia. Berkeley se convierte en el foco más importante de la agitación; es aquí donde están los más importantes centros de física nuclear del país; Marina y Aire hacen de esta universidad un centro importante de recluta de personal. El compromiso ante el conocimiento estallará entre esta juventud en las formas que ya todos conocéis.

III.IX.

La situación de mayo 1968 es semejante: también un intervencionismo económico al amparo de un régimen fuerte, también una alta cota de parados, también el problema de los inmigrados, el de los desarraigados de la guerra de Argelia, la constitución de la universidad al servicio de una industria, el desarrollo de una fuerte industria militar tras el gesto declamatorio de recurso a la «force de frappe» y también las mismas secuencias de desarrollo de la violencia estructural. El estudiante, como el científico modesto, asumen lo que representa su «neutralidad» de conocimiento, al servicio del capital privado. Y lo mismo encontramos en ese otro ser brutalmente expoliado que es la mujer. La mujer que por tradición se ve relegada, en la dinámica de la pareja, a las actividades no remuneradas, carente, por ello mismo, de prestigio y poder, sometida a servir de intermediario educacional, pero sin poder beneficiarse ella misma de esa situación, privada tradicionalmente de derechos y que cuando ingresa en la producción directa, lo hace siempre en plano inferior al otro miembro de la pareja. La mujer que es depositaria de una moral que jurídica, legal, psicológica, económica y socialmente incide sobre ella con todo el rigor de su severidad. La mujer que se siente discriminada en la adscripción meramente biológica de sus tareas y servicios, a la que ideológicamente se condiciona para que acepte un misterioso destino natural, que, en definitiva, no es sino la imposición de un rol y la imposición por predominio social. La situación subalterna que hace a la mujer sujeto de una doble explotación, es derivada de la contradicción primaria y determinante entre estado de desarrollo de las fuerzas sociales y de la naturaleza de las

relaciones sociales. Ello hace que no sea por el camino del sexo (como pretendería todo movimiento de «liberación femenino») por donde pueda encontrar la mujer la superación de su estado presente: este estado es consecuencia de un orden sociocultural determinado y la emancipación sólo es posible a partir de ahí.

III.X.

Todo lo anterior lleva a una consecuencia lógica: el convencimiento que ha guiado tantos movimientos es un intento de recuperar el sentido humano de la ciencia, una respuesta colectiva que se pretende histórica. Y es también la denuncia de otra mitología: la neutralidad no existe, porque incluso en ciencia se da su utilización política. En el contexto que estamos tratando de desarrollar, se advierte que la ciencia contribuye a la eliminación, a la explotación y a la opresión de la mayoría de la población mundial. Mills («La élite de poder»), Domhoff («Who Rules America?»), Lundgren («The Rich and the Superrich»), Magdoff («La edad del Imperialismo»), Sweezy y Baran («El capital monopolista»), etc., etc., muestran que no se trata sin más de una conjura, que se trata de una lógica que desprende esa locura y que arrastra a las consecuencias más desastrosas. El empobrecimiento extremo, físico y psíquico, se apoya en los dos pilares del refuerzo de la dominación internacional del imperialismo (con todas sus implicaciones militares y la necesidad de recurrir a una mano de obra técnica altamente cualificada) y el aumento regular de la producción (igualmente implicante para los técnicos). La ciencia, lo quiera o no, está ahí y está en el seno de la contradicción más vergonzosa de su propia pretensión. La actual crisis científica no puede salir de ese dilema: su ser no es la búsqueda de una verdad eterna, universal y necesaria. Su ser reside en hacer al hombre, pero en hacerlo como consecuencia de su operatividad en funcionar como instrumento de apropiación del mundo. Y no se trata de recusar la ciencia en nombre de no sé qué instancias de sensibilidad alógicas, irracionales, etc. La ciencia es nuestra posibilidad y nuestra justificación últimas: de lo que se trata es de utilizarla o al servicio de nuestra liberación o como medio de represión. En ese aspecto, no hay ciencias burguesas o ciencias libertarias, sino que hay «ciencia» y hay su utilización histórica en esta o aquella dirección. Pero no basta con proclamarlo y quedarnos después tan tranquilos: en cuanto intelectuales, somos capaces de conocer esa situación y de obrar en consecuencia. El fetichismo científico consiste, de otra manera, en la fijación hierática de un pensamiento alienado de la sociedad humana. Como científicos no podemos mentirnos a nosotros mismos, y saber que en las manos del poder estamos depositando el conocimiento ha de ser causa suficiente de que nos preguntemos por las manos, por lo mismo, por la utilización que de esa ciencia, de ese conocimiento va a hacer el poder.

ANTIPSIQUIATRIA Y CONCLUSION

IV.0.

Una opción ética y política de este tipo es la antipsiquiatría. Lo explicaré mejor, y lo hará, mi compañero Caparrós en su encuentro con vosotros. Porque no quiero daros una versión un tanto libresca del tema, os remito a los prólogos del propio Nicolás en «Antipsiquiatría» de Heyward y Varigas o al de «Laing y la Contracultura» o a los propios libros de Laing, Cooper, Basaglia, etc. Yo tengo que deciros que la posición que más me interesa en esos momentos es la de Basaglia, quizás por su coincidencia con

libros que en algún momento fueron fundamentales para mí (Reich en «Marxismo y psicoanálisis», especialmente) o porque encuentre que la situación en la que Basaglia se mueve es similar, en muchos aspectos, a la nuestra. Nuestra marginación es todavía del tipo pre«sociedad de consumo» y por ello mismo no ya el problema de una «contracultura» (en el aspecto incluso folklorista del término), sino incluso de una práctica antipsiquiátrica institucional quedan como muy lejos de nuestras posibilidades. La práctica antiinstitucional y antiautoritaria va entre nosotros por los derroteros que impone una situación de dependencia en el sistema de poder occidental. Esto no supone ningún tipo de derrotismo: por el contrario, es positivo un hacer que tome en cuenta estas necesidades. Los tipos de disfuncionalidad que se producen entre nosotros todavía no se deben a la «riqueza»: aparecen ya sin embargo, manifestaciones concretas de la enfermedad «americana», pero ni la manipulación ni la producción conceptual ha tenido todavía por qué recurrir a «procesos en sombras». Quedan, de nuevo, indicios: la crisis de la universidad de tradición que supone una ruptura con la universidad que se malogró y un intento de universidad productiva y satelizada aún no conseguida. Pero no tenemos ni determinadas tradiciones (aunque tenemos otras) ni un desarrollo económico-político-social adecuado ni unas sofisticaciones de lo que hayamos de entender por Asistencia Social. N. Caparrós, en su intervención para los Cuadernos de Psicología Crítica de la Universidad Complutense de Madrid, iniciaba el proceso de la asociación libre, con respecto a Antipsiquiatría, y le salían cosas de este tipo:

- Psiquiatría, ciencia, medicina
- Orden-ayuda-salud-investigación
- Status-dinero-fuerza-manipulación-impotencia
- Droga otra vez lucha...

IV.I.

Los temas más queridos de la contracultura se decantan en categorías típicas de la antipsiquiatría: habría el paso que marcha desde una psicología del individuo (o una fenomenología psicológica o epistemológica, que tanto da), pasando por la crítica necesaria a *toda psicología*, para concluir en una *psicología social científica* (Bernfeld). Pero la conclusión es todo un programa: yo pienso que si no hay identidad de espacios sociales ni cuenta tanto Sartre o Leary, Cooper o la Barnes, la droga y el viaje atrás, el psicoanálisis o la complicidad complacida. Es cuestión de crisis lo que queda, de plantearse con los sentidos muy aguzados, de proclamar la caída de fantasmas y la existencia de fuerzas indudables. Entre nosotros, la familia no ha sufrido en sus últimas consecuencias el embate de las contradicciones del sistema industrial adelantado. Todavía es el principal foco de impregnación, de aculturización. Pero lo determinante sigue siendo lo social. La antipsiquiatría es aquí una especie importada y todavía en período de aclimatización; con todo, y aún en sus planteamientos originales, sigue habiendo una ambigüedad esencial. Caparrós pregunta si Kingsley Hall podía ser la solución y yo todavía no estoy seguro de que no haya otra opción a la que la propia Mary Barnes representa. La crítica de nuestras realidades objetivas, cotidianas si es la liquidación de los fetichismos economicistas e ideológicos, es también la superación de las construcciones (aunque sean las del «yo») ensimismadas. Laing o los Beatles: ¿así concluye la cruzada, en el huerto de un espurio monje búdico? La ambigüedad queda rota en ese otro compromiso del que hablaba Castilla del Pino: se trata hasta de evitar la

sospecha de «curar», cuando de quien se trata es el producto típico social marginal. La transformación de la vida y la proyección social de las pasiones es posible exclusivamente cuando los mecanismos subterráneos que rigen la vida productiva (la material y también la psíquica) se ponen al descubierto, cuando lo terapéutico se pone del lado del conocimiento: no podemos eliminar el sufrimiento que otro sufre, pero podemos intentar ayudarlo a que alcance sus claves. Como indicaba el Reich lúcido, se trata del alcance de la crítica de la economía sexual, de adonde llegue y en dónde se quede. La cura queda de esa manera centrada en una conducta que tiende no a resolver ni a eliminar, sino a concienciar, porque, en definitiva, el último esfuerzo de necesidad de salud no puede darlo sino el «enfermo». Y no se diga que la antipsiquiatría es política a causa de este esfuerzo lúcido: lo es porque no puede dejar de serlo, como lo es (y no deja de serlo, *aunque pretenda otra cosa*) toda tentativa que lleva un ego «enfermo» a un modelo. Es político Ey, que quiere (como tantos otros santones de no importa qué rama del *saber*) que se despolitice lo que de otra manera no se puede recuperar.

IV.II.

Althusser ha propuesto la ideología como una formación activa, una doble relación, imaginaria y real, al mundo. «La ideología es la expresión de la relación de los hombres con su «mundo», es decir, la unidad (sobredeterminada) de su relación real y de su relación imaginaria con sus condiciones reales de existencia». Reich concebía algo semejante: degrada (hace descender) la teoría freudiana en aspectos fundamentales, reduce el deseo a la necesidad, el conflicto psíquico a conflicto yo-mundo exterior, ve la pulsión como forma vacía que la sociedad se encargará de llenar y así sucesivamente. Un punto de sus reflexiones, como en general las de los freudomarxistas de los años 20, se origina del planteamiento de cómo pueden incidir sobre el espacio psíquico las pulsiones ideológicas de la sociedad. Fenichel y Fromm han planteado, de manera muy similar, el mismo problema: ¿cuál es el mecanismo que introyecta el «reflejo» de las relaciones de producción en los sujetos? Todos hacen una primera constatación: la sociedad autoritaria se apoya en la supresión sexual que se ejerce en el marco de la familia tradicional patriarcal, por medio de la educación. Pero la familia en último término, sólo es una «mediación»: la educación que bloquea capacidades comunicativas y expresivas, que aplaza la satisfacción es la violencia delegada de una sociedad que toma al individuo para reducirlo a su papel de puro productor. La angustia es el equivalente del esfuerzo no compensado ni «finalista». De aquí que para estos primitivos freudomarxistas el psicoanálisis sea equivalente al marxismo, en el sentido de que mientras uno hace consciente la represión sexual el otro muestra la explotación económica. Bajo este supuesto, la significación inmediata del análisis consistiría en conectar la estructura personal con la ideología social. Las estructuras caracteriológicas responden a necesidades sociales y se conforman bajo la presión conjunta de factores económicos e ideológicos. Esta conformación es realizada bajo el efecto de la compulsión educadora. Por supuesto que los padres consciente o gratuitamente no llevan a cabo esta compulsión: pero es el equivalente social de la neurosis y aún de los procesos derivativos de la sublimación. No se trata de educar al niño para la vida, sino además, para la vida real y se trata de educarlo, no como una derivación de una realización que el padre nunca pudo llevar a cabo, por tanto, educar para que el niño cumpla aquellas aspiraciones que el padre no pudo realizar, sino que se trata de acuerdo con el repertorio realmente existente en el niño de cualidades, etc. Esta compulsión educadora tiene otra dimensión: el padre quiere fabricar un yo ideal, pero un yo obediente. Quiere ir más allá, pero conservar el dominio, hasta el punto de que todas estas instancias terminan por hacer recaer sobre el niño todas las pulsiones no satisfechas, toda la carga neurótica,

desequilibrada, etc., etc. La angustia psíquica parental es así traducida en la personalidad del hijo.

IV.III.

Digamos que los intentos de aclimatar freudismo y marxismo fracasaron durante un largo período histórico (podéis leer la Introducción al libro de Bernfeld «Psicoanálisis y educación antiautoritaria» o el estudio de Constantin Sinelnikoff en Reich «Marxismo y Psicoanálisis»). Los intentos que de nuevo se producen en ese sentido tienden más a privilegiar los aspectos conseguidos por lo que llamaría (aunque parece excesivamente ridículo) «decantación de los procesos perceptivos y de las funciones de semantización». Y bajo este supuesto, es esencial que «la verdadera psiquiatría -y también la psicología, añado yo-, debe reconocer y analizar primero sus contornos y debe conocer la función para la que está destinada por el sistema social vigente» (Caparrós). El marginado (el hombre deteriorado que recoge la institución) es también, se quiera o no, un hombre, esto es, un ser socializado: su problema es él y su contorno, su familia, su lugar de trabajo; su problema es el haz de compulsiones que ha mantenido subterránea, que, quizás, ha eliminado su tendencia a una humanidad más equilibrada. Desde este punto de vista, el individuo trasciende los marcos estrictos en que quiso situarlo, en tanto que individuo enfermo, el psicoanálisis.

IV.IV.

¿Cuál es el programa de la antipsiquiatría? Una cita de J. L. Tizón puede dar una caracterización aproximada: «El niño nace con múltiples riquezas y potencialidades. A lo largo de su vida, a lo largo de su educación, la sociedad y, sobre todo, la familia lo convierten en un ser «normal» o, lo que es igual, en un ser vaciado, empobrecido, mutilado, adocenado... Si la presión familiar y social ha sido especialmente precoz y con determinados caracteres cualitativos, algunos tienen una «sana» reacción de defensa. Es a éstos a los que llamamos «locos», «enfermos mentales...». Estos locos, estos alienados son los que han logrado escapar con la imaginación, con la fantasía. Para completar el «trabajo social» emprendido desde que nacieron, se les «aloja» en hospitales, sanatorios o clínicas mentales, nosonomios, manicomios, instituciones frenopáticas, etcétera. Así, lo que no era sino un «viaje para reencontrarse a sí mismos», se convierte para estos desgraciados en una condena irreversible. Al servicio de una sociedad represiva, los psiquiatras los reducen a la situación de «Muertos-en-vida» en el interior de tales manicomios. Por eso, para la mayoría de los antipsiquiatras, lo que hay que hacer exactamente es lo contrario: acabar con la represión social y, previamente, ayudar a los «locos» a completar su viaje».

IV.V.

Es bastante difícil concretar el movimiento antipsiquiátrico: se sabe que aparece sobre los años 50 y en torno al problema de la esquizofrenia. Qué sea el esquizofrénico es algo que todavía está por definir, para los amantes de las etiquetas: es una situación atípica, cargada de señales cuyo código está por encontrar. Es el mundo irreductible en torno al cual se levantan las murallas de la «locura», murallas que no se dejan fácilmente abatir, pero que enmarcan una concreción modélica de situaciones fracturantes típicas. La antipsiquiatría aparece como producto de la reflexión de unos profesionales ingleses en torno al problema de la esquizofrenia; formados muchos de ellos en la fenomenología, su ruptura epistemológica se sitúa en el intento de superar el simple proceder descriptivo,

entre otras cosas, porque tal proceder siempre tiende a perder rasgos esenciales; pero no basta el psicoanálisis, pues se trata de buscar la sociogénesis de un comportamiento que, por definición, parece no comunicativo. La reflexión se traslada de esta manera a la perspectiva ideológica (definida en el sentido en que lo hemos hecho), se plantea como búsqueda de las principales manifestaciones de alienación, cómo se desarrolla y cuáles son. Cuestionar asimismo la manifestación expresiva, aunque no sea comunicativa, que llamamos «locura» y «enfermedad mental». La familia se va a ofrecer, desde el primer momento, como el punto de mira más apropiado; con esto se consiguen varios objetivos muy precisos (doy la enumeración que hace Caparrós):

- a) Oponerse a un mecanismo conceptual y terminológico: los conceptos de salud mental o de enfermedad no son estáticos, sino operativos.
- b) Imponer el hecho de que el individuo sólo es comprendido cuando es considerado desde una posición de sistema: el individuo no puede ser captado fuera de su peculiar microgrupo y éste, a su vez, precisa ser definido por su relación al macrosistema.
- c) El paciente, consecuentemente, es el resultado de un condicionamiento social y viene a nosotros ya cargado con una valoración que la propia sociedad le impone.
- d) Que la transformación del paciente no es producida por el simple discurso científico.
- e) Que esa sociedad que produce «enfermos» produce también sus guardianes terapéuticos, pero que el éxito terapéutico es valorado por esa misma sociedad, de forma que el éxito puede ser sinónimo de «domesticación» e integración del enfermo a su puesto productivo.
- f) La antipsiquiatría describe los conflictos, pero además muestra su valor y necesidad como indicadores sociales.

Con todo lo cual, se realiza la crítica de la institución como lugar de concentración de unos individuos que son sometidos y violentados por técnicas de dominación. La institución no sana, porque no resuelve el conflicto; integra, pero no transforma, sino que deteriora. Un tratamiento continuado puede producir traumas irreversibles. Por ello, lo que se pretende, tras la ruptura crítico epistemológica, será un intento de recuperación efectiva de la personalidad, por su inserción comunicativa, por tanto, receptora de información y foco de transformación de la realidad compartida.

Quedan una serie de cuestiones sin responder, de aspectos sin tocar. Esta va a ser nuestra misión en el presente ciclo: recabamos, por tanto, vuestra participación, porque sin ella nuestra presencia puede incidir en las actitudes autoritarias y dogmáticas que venimos a cuestionar. Hay un esfuerzo que se cumple o no, según el grado de interacción que se logre establecer. No pedimos vuestra asistencia complaciente o cómplice: queremos que hagáis estallar las contradicciones o nuestras limitaciones allí donde éstas se presenten.

Madrid, Enero 1974



**Sala de Cultura de la
Caja de Ahorros de Navarra**

Mártires de la Patria, 39, Pamplona

Casa "Fray Diego" ESTELLA

Gráf. Egúzkiza – Pamplona - Dep. Legal NA, 142 - 1974